EL VERDADERO REAVIVAMIENTO
La mayor necesidad de la iglesia
ELENA G. WHITE

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

1 - Llamado al reavivamiento

2 - Las conversiones: ¿Falsas o verdaderas?

3 - Cómo llegar a ser un cristiano nacido de nuevo

4 - Dios también tiene reglas

5 - El equilibrio entre la fe y las obras

6 - Salvados solamente “en Cristo”

7 - Cuidado con las falsificaciones

8 - Sigue siendo una lucha

9 - Cómo salvaguardar la nueva experiencia

10 - Llamados especiales en el ministerio público

Prefacio

¿Por qué este libro sobre el reavivamiento y su resultado? En la actualidad muchos tienen sed de algo más que solo “jugar a la iglesia” y cumplir con todas las formalidades de la vida cristiana. Quieren una auténtica experiencia con Cristo, para ellos y para la iglesia.

En estas páginas usted descubrirá que Elena G. de White aborda estos anhelos al indicar el camino a seguir para esa experiencia más profunda y al advertir de algunas asechanzas en el camino. Muestra que Dios está llamando, a los que dicen ser seguidores de Jesucristo, a abandonar los caminos del mundo y a reconsagrar su vida a él. Es tiempo de una reforma y un reavivamiento auténticos en la iglesia de Dios. Hay una obra para hacer, un mundo para advertirle que su fin se aproxima.

Esto solo puede ocurrir bajo el poder del Espíritu de Dios, y el Espíritu de Dios no puede ser otorgado a los que profesan ser su pueblo hasta que ellos sepan por experiencia lo que es el arrepentimiento y el perdón. Elena G. de White escribió: “El Espíritu y el poder de Dios serán derramados sobre sus hijos” (*El verdadero reavivamiento*, p. 19). Pero es responsabilidad de sus hijos procurar este don. Según Elena de White, “el descenso del Espíritu Santo sobre la iglesia es esperado como si se tratara de un asunto del futuro; pero es el privilegio de la iglesia tenerlo ahora mismo. Buscadlo, orad por él, creed en él. Debemos tenerlo y el Cielo está esperando concederlo” (*El evangelismo*, p. 508).

Nacer de nuevo, ser justificado, convertirse: este es el comienzo. Pero ¿y el crecimiento en Cristo? ¿Y la experiencia única que a veces llamamos santificación? Los cristianos que realmente nacieron de nuevo no solo hablan de Cristo sino también su vida da testimonio de que en realidad son seguidores del Señor Jesucristo. El reavivamiento es nacer de nuevo; la reforma es vivir una vida de obediencia mediante el poder del Espíritu Santo, el Espíritu que “el cielo está esperando conceder”.

La vida llena del Espíritu redunda no solo en la victoria personal sobre el pecado sino también en un deseo renovado y la capacidad de compartir la vida cristiana y la esperanza con los demás. Llenos del poder del Espíritu Santo, los fieles de Dios proclamarán el mensaje final que preparará a un pueblo para el regreso del Señor. Satanás hará todo lo posible para detener esto. Tratará de convencernos de que hay atajos, maneras más fáciles de tener una comunión con Dios que conduzcan a una vida cristiana llena de poder. Introducirá falsificaciones del poder del Espíritu, falsificaciones tan engañosas que, si el pueblo de Dios no mantiene una relación viva y profunda con él, basada en la Palabra de Dios, serán engañados. Este libro, entre otras cosas, ayudará al lector a distinguir entre lo verdadero y lo falso.

Durante más de cien años, el tan amado libro *El camino a Cristo* ha sido un éxito de venta. Grandes y chicos han aceptado su llamado a entregarse a Cristo. A muchos, *El verdadero reavivamiento: la mayor necesidad de la iglesia* les servirá de guía donde encontrarán más orientación para una vida de reavivamiento y renovación auténticos. Este es una combinación del librito *Reavivamientos modernos* con varios capítulos sobre reavivamiento y reforma tomados de *Mensajes selectos*, tomo 1.

En estos momentos finales de la historia del pecado en la tierra, sin duda el Espíritu Santo de Dios está dispuesto a darnos el poder para terminar nuestra obra en favor de los demás y la obra necesaria para nosotros mismos. ¿Es posible que Dios haga algo especial por medio de usted? Que este libro lo ayude a experimentar el reavivamiento y la reforma que lo prepararán para la lluvia tardía y el pronto regreso de nuestro Señor.

Los fideicomisarios del Patrimonio de Elena G. de White

Capítulo 1

Llamado al reavivamiento

La mayor necesidad de la iglesia

La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debería ser nuestra primera obra. Debe haber esfuerzos fervientes para obtener las bendiciones del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a conferirnos sus bendiciones, sino porque no estamos preparados para recibirlas. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Sin embargo, mediante la confesión, la humillación, el arrepentimiento y la oración ferviente nos corresponde cumplir con las condiciones en virtud de las cuales ha prometido Dios concedernos su bendición. Solo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento. Mientras la gente esté tan destituida del Espíritu Santo de Dios, no puede apreciar la predicación de la Palabra; pero cuando el poder del Espíritu toca su corazón, entonces no quedarán sin efecto los discursos presentados. Guiados por las enseñanzas de la Palabra de Dios, con la manifestación de su Espíritu, ejercitando un sano juicio, los que asisten a nuestras reuniones obtendrán una experiencia preciosa y, al volver a su hogar, estarán preparados para ejercer una influencia saludable.

Los que fueron portaestandartes antaño sabían lo que era luchar con Dios en oración y disfrutar del derramamiento de su Espíritu. Pero los tales están desapareciendo del escenario, ¿y quiénes surgen para ocupar sus lugares? ¿Cómo es la nueva generación? ¿Está convertida a Dios? ¿Estamos atentos a la obra que se realiza en el Santuario celestial, o estamos esperando que algún poder apremiante venga a la iglesia antes de que nos despertemos?

¿Esperamos ver que se reavive toda la iglesia? Ese tiempo nunca llegará.

Hay personas en la iglesia que no están convertidas y que no se unirán a la oración ferviente y eficaz. Debemos hacer la obra individualmente. Debemos orar más y hablar menos. Abunda la iniquidad, y debe enseñarse a la gente que no se satisfaga con una forma de piedad sin espíritu ni poder. Si somos asiduos en el escudriñamiento de nuestro corazón, si nos liberamos de nuestros pecados y dejamos de lado nuestras malas tendencias, nuestras almas no se elevarán a la vanidad, desconfiaremos de nosotros mismos al comprender siempre que nuestra suficiencia es de Dios.

Tenemos mucho más que temer de enemigos internos que de externos. Los impedimentos para el vigor y el éxito provienen mucho más de la iglesia misma que del mundo. Los incrédulos tienen derecho a esperar que los que profesan ser observadores de los mandamientos de Dios y de la fe de Jesús hagan más que cualesquiera otros para promover y honrar la causa que representan, por su vida consecuente, su ejemplo piadoso y su activa influencia. Pero ¡con cuánta frecuencia los profesos defensores de la verdad han demostrado ser los mayores obstáculos para su adelanto! La incredulidad fomentada, las dudas expresadas, las tinieblas abrigadas, animan la presencia de los malos ángeles y despejan el camino para los planes de Satanás.

Abriendo la puerta al adversario

El adversario de las almas no puede leer los pensamientos de los hombres, pero es un agudo observador y toma nota de las palabras. Registra las acciones y hábilmente adapta sus tentaciones para tratar los casos de los que se colocan al alcance de su poder. Si trabajáramos para reprimir los pensamientos y sentimientos pecaminosos, sin darles expresión en palabras o acciones, Satanás sería derrotado, pues no podría preparar sus engañosas tentaciones adecuadas para el caso.

Pero ¡con cuánta frecuencia abren la puerta al adversario de las almas los profesos cristianos por su falta de dominio propio! En las iglesias son frecuentes las divisiones y aun las amargas disensiones que deshonrarían a cualquier colectividad mundana, porque se hace muy poco para dominar los malos sentimientos y para reprimir cada palabra de la que pueda aprovecharse Satanás. Tan pronto como hay algún motivo de discordia, el asunto es presentado delante de Satanás para que lo revise, y se le da la oportunidad de usar su sabiduría de serpiente y su habilidad para dividir y destruir a la iglesia. Hay una gran pérdida en cada disensión. Los amigos personales de ambas partes toman el bando de sus respectivos favoritos y así se amplía la brecha. No puede permanecer una casa dividida contra sí misma. Se producen y multiplican los reproches y recriminaciones. Satanás y sus ángeles trabajan activamente para lograr una cosecha de la semilla así sembrada.

Contemplan esto los mundanos y se mofan exclamando: “¡Mirad cómo se aborrecen estos cristianos entre sí! Si eso es religión, no la queremos”. Y se ven a sí mismos y a su carácter irreligioso con gran satisfacción. Así se confirman en su impenitencia y Satanás se regocija con su éxito.

El gran engañador ha preparado sus artimañas para cada alma que no está fortalecida para la prueba y preservada por constante oración y fe viviente. Como ministros, como cristianos, debemos trabajar para eliminar del camino las piedras de tropiezo. Debemos retirar cada obstáculo. Confesemos y abandonemos cada pecado, para que pueda estar aparejado el camino del Señor, para que él pueda estar en nuestras reuniones e impartirnos su rica gracia. Deben ser vencidos el mundo, la carne y el demonio.

No podemos preparar el camino ganando la amistad del mundo, que es enemistad contra Dios; pero con la ayuda divina podemos quebrantar su influencia seductora sobre nosotros y sobre otros. No podemos, individual ni colectivamente, librarnos de las tentaciones constantes de un enemigo implacable y determinado. Pero podemos resistirlas con la fortaleza de Jesús.

De cada miembro de la iglesia debe brillar una luz constante ante el mundo de modo que no sea inducido a preguntar: ¿Qué hace más esta gente que los otros? Puede haber y debe haber un alejamiento de la conformidad con el mundo, un apartarnos de toda apariencia de maldad de modo que no se dé ninguna oportunidad a los adversarios. No podemos escapar de los reproches. Vendrán, pero debemos ser muy cuidadosos de que no seamos reprochados por nuestros propios pecados y desatinos, sino por causa de Cristo.

No hay nada que Satanás tema tanto como que el pueblo de Dios despeje el camino quitando todo impedimento, de modo que el Señor pueda derramar su Espíritu sobre una iglesia decaída y una congregación impenitente. Si se hiciera la voluntad de Satanás, no habría ningún otro reavivamiento, grande o pequeño, hasta el fin del tiempo. Pero no ignoramos sus maquinaciones. Es posible resistir su poder. Cuando el camino esté preparado para el Espíritu de Dios, vendrá la bendición. Así como Satanás no puede cerrar las ventanas del cielo para que la lluvia venga sobre la tierra, así tampoco puede impedir que descienda un derramamiento de bendiciones sobre el pueblo de Dios. Los impíos y los demonios no pueden estorbar la obra de Dios, o excluir su presencia de las asambleas de su pueblo, si sus miembros, con corazón sumiso y contrito, confiesan sus pecados, se apartan de ellos y con fe demandan las promesas divinas. Cada tentación, cada influencia opositora, ya sea manifiesta o secreta, puede ser resistida con éxito “no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6).

Estamos en el Día de la Expiación

Estamos en el gran Día de la Expiación, cuando mediante la confesión y el arrepentimiento nuestros pecados han de ir de antemano al Juicio. Dios no acepta ahora de sus ministros un testimonio suave y falto de temple. Un testimonio tal no sería verdad presente. El mensaje para este tiempo debe ser alimento oportuno para nutrir a la iglesia de Dios. Pero Satanás ha estado procurando

gradualmente despojar a este mensaje de su poder, a fin de que la gente no esté preparada para resistir en el día del Señor.

En 1844, nuestro gran Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para comenzar la obra del Juicio Investigador. Han estado siendo examinados delante de Dios los casos de los muertos justos. Cuando se complete esa obra, se pronunciará juicio sobre los vivientes. ¡Cuán preciosos, cuán importantes son estos solemnes momentos! Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente en el tribunal celestial. Individualmente hemos de ser juzgados de acuerdo con lo que hicimos en el cuerpo. En el servicio simbólico, cuando la obra de expiación era realizada por el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo del Santuario terrenal, se demandaba que el pueblo afligiera su alma delante de Dios y confesara sus pecados para que pudieran ser expiados y borrados. ¿Se requerirá algo menos de nosotros en este día real de expiación, cuando Cristo, en el Santuario de lo alto, está intercediendo a favor de su pueblo, y se ha de pronunciar en cada caso una decisión final e irrevocable?

¿Cuál es nuestra condición en este tremendo y solemne tiempo? ¡Ay! ¡Cuánto orgullo prevalece en la iglesia, cuánta hipocresía, cuánto engaño, cuánto amor al vestido, la frivolidad y las diversiones, cuánto deseo de supremacía! Todos estos pecados han nublado las mentes, de modo que no han sido discernidas las cosas eternas. ¿No escudriñaremos las Escrituras para que podamos saber dónde estamos en la historia de este mundo? ¿No llegaremos a entender plenamente la obra que se está efectuando para nosotros en este tiempo y el puesto que nosotros, como pecadores, deberíamos ocupar mientras se lleva a cabo esta obra de expiación? Si tenemos alguna preocupación por la salvación de nuestra alma, debemos efectuar un cambio decidido. Debemos buscar a Dios con verdadera contrición; con profunda contrición de alma, debemos confesar nuestros pecados para que puedan ser borrados.

No debemos permanecer más en un terreno donde podamos ser fascinados. Nos aproximamos rápidamente al término de nuestro tiempo de gracia. Pregúntese cada alma: ¿Cómo estoy delante de Dios? No sabemos cuán pronto nuestros nombres puedan ser puestos en los labios de Cristo y sean decididos finalmente nuestros casos. ¡Cuáles, oh cuáles, serán esas decisiones! ¿Seremos contados con los justos o seremos incluidos entre los impíos?

La iglesia ha de levantarse y arrepentirse

Levántese la iglesia y arrepiéntase de sus apostasías delante de Dios. Despiértense los atalayas y den un sonido cierto a la trompeta. Tenemos una amonestación definida que proclamar. Dios ordena a sus siervos: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado” (Isa. 58:1). Debe captarse la atención de la gente. A menos que se pueda hacer esto, es inútil todo esfuerzo. Aunque descendiera un ángel del cielo y les hablara, sus palabras no les harían más provecho que si estuviera hablando al frío oído de los muertos.

Debe levantarse la iglesia para la acción. El Espíritu de Dios nunca podrá venir hasta que ella le prepare el camino. Debe haber un ferviente escudriñamiento de corazón. Debe haber oración unida y perseverante y, mediante la fe, una demanda de las promesas de Dios. No debemos vestirnos con cilicios como en la antigüedad, sino que debe haber una profunda humillación del alma. No tenemos el menor motivo para felicitarnos a nosotros mismos ni exaltarnos. Deberíamos humillarnos bajo la poderosa mano de Dios. Él vendrá para consolar y bendecir a los que lo buscan de verdad.

La obra está delante de nosotros. ¿Nos ocuparemos de ella? Debemos trabajar rápidamente, debemos avanzar continuamente. No tenemos tiempo que perder, no tenemos tiempo para ocuparnos en propósitos egoístas. Ha de ser amonestado el mundo. ¿Qué estamos haciendo individualmente para llevar la luz ante otros? Dios ha dejado su obra para cada hombre; cada uno tiene una parte que

hacer, y no podemos descuidar esa obra, a menos que pongamos en peligro nuestras almas.

Oh, mis hermanos, ¿contristaréis al Espíritu Santo y lo haréis alejarse? ¿Excluiréis al bendito Salvador porque no estáis preparados para su presencia? ¿Dejaréis que las almas perezcan sin el conocimiento de la verdad porque amáis demasiado vuestra comodidad para llevar la carga que Jesús llevó por vosotros? Despertemos del sueño. “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar” (1 Ped. 5:8).–*The Review and Herald*, 22 de marzo de 1887.

La reforma acompaña al reavivamiento

En muchos corazones parece haber apenas un hálito de vida espiritual. Esto me entristece mucho. Temo que no se haya mantenido una lucha agresiva contra el mundo, la carne y el demonio. Debido a un cristianismo medio muerto, ¿continuaremos alentando el egoísta y codicioso espíritu del mundo, compartiendo su impiedad y favoreciendo su falsedad? ¡No! Por la gracia de Dios, seamos constantes en los principios de la verdad, manteniendo firme hasta el fin el principio de nuestra confianza. Hemos de ser “no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Rom. 12:11). Uno es nuestro Maestro, Cristo. A él hemos de mirar. De él hemos de recibir nuestra sabiduría. Por su gracia, hemos de preservar nuestra integridad, permaneciendo delante de Dios en humildad y contrición, y representándolo ante el mundo.

Ha habido gran demanda de sermones en nuestras iglesias. Los miembros han dependido de las declamaciones del púlpito en vez de depender del Espíritu Santo. No habiendo sido demandados y no habiendo sido usados, los dones espirituales que les fueron concedidos han menguado hasta ser débiles. Si los ministros avanzaran en nuevos campos, los miembros se verían obligados a llevar responsabilidades, y sus facultades aumentarían al ser usadas.

Contra los ministros y los miembros, Dios presenta graves acusaciones de debilidad espiritual cuando dice: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas” (Apoc. 3:15-18). Dios demanda un reavivamiento y una reforma espirituales. A menos que suceda esto, los que son tibios serán cada vez más detestables para el Señor hasta que él rehúse reconocerlos como a sus hijos.

Deben realizarse un reavivamiento y una reforma bajo la ministración del Espíritu Santo. Reavivamiento y reforma son dos cosas diferentes. Reavivamiento significa una renovación de la vida espiritual, una vivificación de las facultades de la mente y del corazón, una resurrección de la muerte espiritual. Reforma significa una reorganización, un cambio en ideas y teorías, hábitos y prácticas. La reforma no producirá los buenos frutos de justicia a menos que esté relacionada con el reavivamiento del Espíritu. El reavivamiento y la reforma han de efectuar su obra asignada y deben entremezclarse al hacer esta obra.–*The Review and Herald*, 25 de febrero de 1902.

Se usarán instrumentos sencillos

Por medio de figuras, se me ha mostrado que el Señor llevará a cabo sus planes mediante diversas formas e instrumentos. El Señor usa, para su grandiosa y santa obra de salvar a las almas, no solo a los que tienen más talento, no solo a los que ocupan elevados puestos de responsabilidad, o a los que tienen más instrucción en términos mundanales. Empleará medios sencillos; usará a muchos que han tenido pocas oportunidades para ayudar a llevar adelante su obra. Empleando medios sencillos, hará que crean en la verdad

los que poseen propiedades y tierras, y estos serán influidos para que lleguen a ser la mano ayudadora del Señor en el progreso de su obra.–*Carta 62*, 1909. [Extraído de *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 141-149.]

Capítulo 2

Las conversiones: ¿Falsas o verdaderas?

El poder de la Palabra

Dondequiera que la Palabra de Dios se predicara con fidelidad, los resultados que le seguían atestiguaban su origen divino. El Espíritu de Dios acompañaba el mensaje de sus siervos y la Palabra tenía poder. Los pecadores sentían despertarse sus conciencias. La luz "que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" iluminaba las cámaras más secretas de sus almas y las cosas ocultas de las tinieblas eran puestas de manifiesto. Una profunda convicción se apoderaba de sus mentes y corazones. Eran convencidos de pecado, de justicia y del juicio por venir. Tenían conciencia de la justicia de Jehová, y temían tener que comparecer con sus culpas e impurezas ante el Escudriñador de los corazones. En su angustia, exclamaban: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" Al serles revelada la cruz del Calvario, con su sacrificio infinito por los pecados de los hombres, veían que solo los méritos de Cristo eran suficientes para expiar sus transgresiones; era lo único que podía reconciliar al hombre con Dios. Con fe y humildad, aceptaban al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Por medio de la sangre de Jesús alcanzaban "la remisión de los pecados cometidos anteriormente" (Juan 1:9, *BJ*; Rom. 7:24; 3:25, VM).

Un nuevo estilo de vida

Estas almas producían frutos dignos de su arrepentimiento. Creían y eran bautizados, y se levantaban para andar en novedad de vida: nuevas criaturas en Cristo Jesús; no para vivir conforme a sus antiguas concupiscencias, sino por la fe en el Hijo de Dios para seguir sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos así como él es puro. Amaban lo que antes aborrecían, y aborrecían lo que antes amaban. Los orgullosos y agresivos se

volvían mansos y humildes de corazón. Los vanidosos y arrogantes se volvían serios y discretos. Los profanos se volvían piadosos; los borrachos, sobrios; y los corrompidos, puros. Las vanas costumbres del mundo eran puestas a un lado. Los cristianos no buscaban la belleza exterior, como "peinados ostentosos, joyas de oro y vestidos lujosos", sino la belleza "que procede de lo íntimo del corazón y consiste en un espíritu suave y apacible. Ésta sí que tiene mucho valor delante de Dios" (1 Ped. 3:3, 4, NVI).

Los reavivamientos producían profundo escudriñamiento y humildad de corazón. Se caracterizaban por llamamientos solemnes y fervientes hechos a los pecadores por causa de una ferviente compasión hacia aquellos a quienes Cristo compró por su sangre. Hombres y mujeres oraban y luchaban con Dios para conseguir la salvación de las almas. Los frutos de semejantes reavivamientos se echaban de ver en las almas que no vacilaban ante el desprendimiento y los sacrificios, sino que se regocijaban de ser tenidas por dignas de sufrir oprobios y pruebas por causa de Cristo. Se notaba una transformación en la vida de quienes habían hecho profesión de seguir a Jesús. La influencia de ellos beneficiaba a la sociedad. [...]

Tal es el resultado de la obra del Espíritu de Dios. Una obra de reforma es la única evidencia de un arrepentimiento verdadero. Si restituye la prenda, devuelve lo que robó, confiesa sus pecados y ama a Dios y a sus semejantes, el pecador puede estar seguro de haber encontrado la paz con Dios. Tales eran los efectos que en otros tiempos acompañaban a los reavivamientos religiosos. Cuando se los juzgaba por sus frutos se veía que eran bendecidos de Dios para la salvación de los hombres y el mejoramiento de la humanidad.

Reavivamientos falsificados: ¿Cuál es la diferencia?

Pero muchos de los reavivamientos de los tiempos modernos han presentado un notable contraste con aquellas manifestaciones de la

gracia divina que en épocas anteriores acompañaban las labores de los siervos de Dios. Es verdad que despiertan un gran interés, que muchos se dan por convertidos y que ingresa mucha gente a las iglesias; no obstante, los resultados no son tales que nos autoricen a creer que ha habido un aumento correspondiente de verdadera vida espiritual. La llama que alumbra un momento pronto se apaga y deja la oscuridad más densa que antes.

Demasiado a menudo los reavivamientos populares son provocados por apelaciones a la imaginación, por la excitación de las emociones, y por la gratificación del gusto por lo que es nuevo y extraordinario. Los conversos ganados de este modo manifiestan poco deseo de escuchar la verdad bíblica, poco interés en el testimonio de los profetas y apóstoles. El servicio religioso que no revista un carácter un tanto sensacional no tiene atractivo para ellos. Un mensaje que apele a la fría razón no despierta eco alguno en ellos. No tienen en cuenta las claras advertencias de la Palabra de Dios, las cuales se refieren directamente a sus intereses eternos.

Para toda alma verdaderamente convertida, la relación con Dios y con las cosas eternas será el gran tema de la vida. [...] Antes de que los juicios de Dios caigan finalmente sobre la Tierra, habrá entre el pueblo del Señor un avivamiento de la piedad primitiva como no se ha visto nunca desde los tiempos apostólicos. El Espíritu y el poder de Dios serán derramados sobre sus hijos. En ese tiempo muchos se separarán de esas iglesias en las cuales el amor por este mundo ha suplantado al amor por Dios y su Palabra. Muchos, tanto ministros como laicos, aceptarán gustosamente esas grandes verdades que Dios ha hecho proclamar en este tiempo con el fin de preparar un pueblo para la segunda venida del Señor. El enemigo de las almas desea impedir esta obra; y antes que llegue el tiempo para que se produzca tal movimiento, tratará de evitarlo introduciendo una falsa imitación. Hará parecer como que la bendición especial de Dios es derramada sobre las iglesias que puede colocar bajo su poder seductor; allí se manifestará lo que se considerará como un gran interés por lo religioso. Multitudes se alegrarán de que Dios esté obrando maravillosamente en su favor,

cuando, en realidad, la obra provendrá de otro espíritu. Bajo un disfraz religioso, Satanás tratará de extender su influencia sobre el mundo cristiano.

¿Por qué ser engañados?

En muchos de los reavivamientos que se han producido durante el último medio siglo, se han dejado sentir, en mayor o menor grado, las mismas influencias que se manifestarán en movimientos futuros más extensos. Hay una excitación emocional, una mezcla de lo verdadero con lo falso, bien adaptada para extraviar. No obstante, nadie necesita ser engañado. A la luz de la Palabra de Dios, no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Dondequiera que los hombres descuiden el testimonio de la Biblia, y se alejen de las verdades claras y examinadoras del alma que requieren abnegación y renunciamiento del mundo, podemos estar seguros de que Dios no dispensa allí sus bendiciones. Y al aplicar la regla que Cristo mismo dio: “Por sus frutos los conoceréis” (Mat. 7:16), resulta evidente que esos movimientos no son obra del Espíritu de Dios.

En las verdades de su Palabra, Dios ha dado a los hombres una revelación de sí mismo, y a todos los que las aceptan les sirven de escudo contra los engaños de Satanás. El descuido en que se tuvieron esas verdades fue lo que abrió la puerta a los males que ahora tanto se están propagando en el mundo religioso. La naturaleza e importancia de la Ley de Dios se ha perdido de vista en sumo grado. Un concepto falso del carácter, la perpetuidad y la obligatoriedad de la Ley divina ha conducido a errores con respecto a la conversión y a la santificación, y como resultado se ha rebajado el nivel de piedad en la iglesia. En esto reside el secreto de la ausencia del Espíritu y el poder de Dios en los reavivamientos de nuestros tiempos. [...]

La Ley de Dios, ¿puede ser cambiada?

Muchos maestros en religión aseveran que Cristo abolió la Ley por medio de su muerte, y que desde entonces los hombres están libres

de sus exigencias. Algunos la representan como un yugo enojoso y, en contraposición con la esclavitud de la Ley, presentan la libertad de la cual se debe gozar bajo el evangelio.

Pero no es así como los profetas y los apóstoles consideraron la santa ley de Dios. David dice: “Andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos”. El apóstol Santiago, que escribió después de la muerte de Cristo, se refiere al Decálogo como la “ley real”, y “la perfecta ley, la de la libertad”. Y el Revelador, medio siglo después de la crucifixión, pronuncia una bendición sobre los “que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad” (Sal. 119:45; Sant. 2:8; 1:25; Apoc. 22:14, RVA). El aserto de que con su muerte Cristo abolió la Ley de su Padre no tiene fundamento. Si hubiese sido posible cambiar la Ley o abolirla, entonces Cristo no habría tenido por qué morir para salvar al hombre de la penalidad del pecado. [...]

Enemistados y reconciliados: ¿Cómo se efectúa esto?

Es obra de la conversión y la santificación reconciliar a los hombres con Dios por medio de ponerlos de acuerdo con los principios de su Ley. En el principio, el hombre fue creado a la imagen de Dios. Estaba en perfecta armonía con la naturaleza y la Ley de Dios; los principios de justicia estaban grabados en su corazón. Pero el pecado lo alienó de su Hacedor. Ya no reflejaba más la imagen divina. Su corazón estaba en guerra con los principios de la Ley de Dios. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Rom. 8:7). Pero “de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito” para que el hombre pudiese ser reconciliado con Dios. Por los méritos de Cristo puede restablecerse la armonía entre el hombre y su Hacedor. Su corazón debe ser renovado por la gracia divina; debe recibir nueva vida de lo Alto. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual, según dice Jesús, nadie “puede ver el reino de Dios”.

El primer paso hacia la reconciliación con Dios es la convicción del pecado. “El pecado es transgresión de la ley”. “Por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (1 Juan 3:4, NVI; Rom. 3:20). Para reconocer su culpabilidad, el pecador debe medir su carácter por la gran norma de justicia de Dios. Es un espejo que le muestra la perfección de un carácter justo y lo capacita para discernir los defectos de su propio carácter.

La Ley revela al hombre sus pecados, pero no le provee remedio. Mientras promete vida al que obedece, declara que la muerte es lo que le toca al transgresor. Solo el evangelio de Cristo puede librarlo de la condenación o la contaminación del pecado. Debe ejercer arrepentimiento ante Dios, cuya Ley transgredió, y fe en Cristo, su sacrificio expiatorio. Así obtiene “remisión de los pecados cometidos anteriormente” y se hace partícipe de la naturaleza divina. [...]

¿Está ahora libre para transgredir la Ley de Dios? El apóstol Pablo dice: “¿Abrogamos... la ley por medio de la fe? No por cierto; antes bien, hacemos estable la ley”. “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” Y Juan declara: “En esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados” (Rom. 3:31, VM; 6:2; 1 Juan 5:3, *BJ*). En el nuevo nacimiento, el corazón viene a quedar en armonía con Dios al ponerlo de acuerdo con su Ley. Cuando se ha efectuado este poderoso cambio en el pecador, entonces ha pasado de muerte a vida, de pecado a santidad, de transgresión y rebelión a obediencia y lealtad. [...]

La santificación: ¿Quién hace la obra?

En los movimientos religiosos de nuestros días, desempeñan un papel importante las falsas teorías sobre la santificación [...] debidas a que no se hizo caso de la Ley divina o se la rechazó. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente esencial que todos tengan un entendimiento claro de lo que las Escrituras enseñan acerca de este punto.

La santificación verdadera es una doctrina bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: “La voluntad de Dios es vuestra santificación”. Y ora así: “El mismo Dios de paz os santifique por completo” (1 Tes. 4:3; 5:23). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación y cómo se la puede obtener. El Salvador oró por sus discípulos: “Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad” (Juan 17:17, VM). Y Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo (Rom. 15:16). ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere... el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad” (Juan 16:13, VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad”. Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia personificados en la Ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. Él dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. “Hago siempre lo que le agrada” (Juan 15:10; 8:29). Los seguidores de Cristo han de volverse semejantes a él: por la gracia de Dios, formar un carácter en armonía con los principios de su santa Ley. Esto es santificación bíblica.

Esta obra solo se puede realizar a través de la fe en Cristo, por medio del poder del Espíritu de Dios que habite en nosotros. Pablo amonesta a los creyentes: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:12, 13). El cristiano sentirá las incitaciones del pecado, pero luchará continuamente contra él. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con la fuerza divina y la fe exclama: “Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor. 15:57).

Las Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando en la conversión el pecador encuentra la paz con Dios a través de la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar “al estado del hombre

perfecto”; crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Heb. 6:1; Efe. 4:13).

No hay lugar para la jactancia

Los que experimenten la santificación de la cual habla la Biblia manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad, y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y exaltada perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fue un ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida con el noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre “muy amado” (Dan. 10:11) por el Cielo. Sin embargo, en lugar de hacer alardes de su pureza y santidad, este profeta a quien se le rendían honores se identificó con la evidente pecaminosidad de Israel, mientras intercedía ante Dios en favor de su pueblo: “No elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias”. “Hemos pecado, hemos hecho impíamente”. Él declara: “Estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo” (Dan. 9:18, 15, 20). [...]

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: “Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”. Cuando Isaías vio la gloria del Señor, y oyó a los serafines que clamaban: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”, dijo abrumado: “¡Ay de mí! que soy muerto”. Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, Pablo habló de sí mismo como “menos que el más pequeño de todos los santos”. Y fue el amado Juan, quien había descansado en el pecho de Jesús y contemplado su gloria, el que cayó como muerto a los pies del ángel (Job 42:6; Isa. 6:3, 5; 2 Cor. 12:2-4; Efe. 3:8; Apoc. 1:17).

No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libre de pecado, por parte de quienes caminan a la sombra de la cruz del Calvario. Sienten que fueron sus pecados

los que causaron la agonía que destrozó el corazón del Hijo de Dios; y ese pensamiento los guiará a una profunda humillación de sí mismos. Los que viven más cerca de Jesús son quienes disciernen más nítidamente la fragilidad y pecaminosidad de la humanidad, y su única esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

Una falsa santificación: ¿Se trata solo de creer?

La santificación que hoy está ganando terreno en el mundo religioso lleva en sí misma un espíritu de autoexaltación y menosprecio de la ley de Dios que la señala como ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la fe sola, obtienen santidad perfecta. Dicen: “Solo crean, y la bendición es de ustedes”. Según ellos no se requiere un esfuerzo adicional por parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo, niegan la autoridad de la ley de Dios e insisten en que ellos están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. Pero ¿es posible que los hombres sean santos, en conformidad con la voluntad y el carácter de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que son una expresión de su naturaleza y voluntad, y que enseñan qué es lo que le agrada al Señor?

El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni divorcio de las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe y la fe sola; pero ¿qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago decía: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo?... ¿Quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?... Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe” (Sant. 2:14-24).

El testimonio de la Palabra de Dios se opone a esa doctrina seductora de la fe sin obras. No es fe la que pretende el favor del

Cielo sin cumplir las condiciones por medio de las cuales se concede la misericordia; es presunción, pues la fe verdadera tiene su fundamento en las promesas y las disposiciones de las Escrituras.

Nadie se engañe a sí mismo con la creencia de que puede volverse santo mientras viole voluntariamente una de las exigencias de Dios. Cometer un pecado conocido silencia la voz atestiguadora del Espíritu y separa al alma de Dios. [...] Aunque en sus epístolas Juan habla mucho del amor, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden estar santificadas y seguir transgrediendo la ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 Juan 2:4, 5). Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberlo comparado primero con la única regla de santidad que Dios tiene en el cielo y en la Tierra. [...]

Y la aserción de estar sin pecado constituye de por sí una evidencia de que el que tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita, de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter; es porque no tiene un verdadero concepto de la pureza y belleza supremas de Jesús, ni de la malignidad y maldad del pecado, por lo que el hombre puede considerarse santo. Cuanto más lejos esté de Cristo, y más deficientes sean sus conceptos del carácter y los requerimientos divinos, más justo se creerá.

Santificación: entrega y participación total

La santificación expuesta en las Escrituras abarca todo el ser: espíritu, alma y cuerpo. Pablo rogaba por los tesalonicenses que su ser entero, “espíritu, alma y cuerpo”, fuese “guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tes. 5:23). Y vuelve a

escribir a los creyentes: “Os ruego, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Rom. 12:1). En tiempos del antiguo Israel, toda ofrenda que se traía como sacrificio a Dios era examinada cuidadosamente. Si se descubría un defecto cualquiera en el animal presentado, se lo rechazaba, pues Dios había mandado que las ofrendas fuesen “sin mancha”. Así también se pide a los cristianos que presenten sus cuerpos en “sacrificio vivo, santo, acepto a Dios” (VM). Para ello, todas sus facultades deben preservarse en la mejor condición posible. Toda práctica que tienda a debilitar la fuerza física o mental incapacita al hombre para servir a su Creador.

¿Y se complacerá Dios con menos de lo mejor que podamos ofrecerle? Cristo dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón” (Mat. 22:37). Los que aman a Dios con todo el corazón desearán darle el mejor servicio de su vida, y tratarán siempre de poner todas las facultades de su ser en armonía con las leyes que aumentarán su aptitud para hacer su voluntad. [...]

Una vida cambiada

El mundo está entregado al desenfreno. “La concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida” gobiernan a las masas humanas. Pero los seguidores de Cristo son llamados a una vida santa (1 Juan 2:16, VM). [...]

A los que cumplen con las condiciones: “Salid de en medio de ellos, y apartaos... y no toquéis lo inmundo”, la promesa de Dios es: “Yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Cor. 6:18). Es el privilegio y deber de todo cristiano tener una abundante y rica experiencia en las cosas de Dios. [...] Los rayos luminosos del Sol de Justicia brillan sobre los siervos de Dios, y estos deben reflejarlos. Así como las estrellas nos hablan de que hay una gran luz en el cielo, con cuya gloria resplandecen, así también los cristianos deben mostrar que hay en el trono del universo un Dios cuyo carácter es digno de alabanza e imitación. Las gracias de su

Espíritu, la pureza y santidad de su carácter, se manifestarán en sus testigos. [...]

Ya no hay condenación

Si bien la vida del cristiano debe caracterizarse por la humildad, no debería estar marcada por la tristeza y el autodesprecio. Todos tienen el privilegio de vivir de manera que Dios los apruebe y bendiga. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que siempre estemos bajo condena y tinieblas. Andar con la cabeza baja y el corazón lleno de preocupaciones relativas a uno mismo no es evidencia de humildad verdadera. Podemos ir a Jesús y ser limpiados, y permanecer ante la Ley sin vergüenza ni remordimientos. “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom. 8:1).

Por medio de Jesús, los hijos caídos de Adán son hechos “hijos de Dios”. “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Heb. 2:11). La vida del cristiano debe ser una vida de fe, victoria y gozo en Dios. “Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe” (1 Juan 5:4, VM). Con razón, declaró Nehemías, el siervo de Dios: “El *gozo* de Jehová es vuestra fuerza” (Neh. 8:10). Y Pablo dijo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (Fil. 4:4; 1 Tes. 5:16-18).

Tales son los frutos de la conversión y de la santificación según la Biblia.– “La verdadera conversión es esencial”, *El conflicto de los siglos*, pp. 514-531.

Capítulo 3

Cómo llegar a ser un cristiano nacido de nuevo

Fe: Creer y confiar

Cuando Dios perdona al pecador, le condona el castigo que merece y lo trata como si no hubiera pecado, lo recibe dentro del favor divino y lo justifica por los méritos de la justicia de Cristo. El pecador solamente puede ser justificado mediante la fe en la expiación efectuada por el amado Hijo de Dios, que se convirtió en un sacrificio por los pecados del mundo culpable. Nadie puede ser justificado por ninguna clase de obras propias. Puede ser liberado de la culpabilidad del pecado, de la condenación de la Ley, del castigo de la transgresión solo por virtud de los sufrimientos, muerte y resurrección de Cristo. La fe es la única condición por la cual se puede obtener la justificación, y la fe implica no solo creer, sino confiar.

[...] Muchos reconocen que Jesucristo es el Salvador del mundo, pero al mismo tiempo se mantienen apartados de él, y no aprovechan la ocasión de arrepentirse de sus pecados y de aceptar a Jesús como a su Salvador personal. Su fe es simplemente el asentimiento de la verdad en su mente y en su juicio, pero la verdad no penetra en el corazón para que santifique el alma y transforme el carácter. [...]

¿Puedo arrepentirme sin ayuda?

Muchos se confunden en cuanto a lo que constituye los primeros pasos en la obra de la salvación. Se piensa que el arrepentimiento es una obra que debe hacer por sí mismo el pecador a fin de que pueda ir a Cristo. Se piensa que el pecador por sí mismo debe procurar capacitarse para obtener la bendición de la gracia de Dios. Pero, si bien es cierto que el arrepentimiento debe preceder al

perdón, pues solamente es aceptable ante Dios el quebrantado y contrito de corazón, sin embargo el pecador no puede producir por sí mismo el arrepentimiento ni puede prepararse para ir a Cristo. A menos que se arrepienta el pecador, no puede ser perdonado. Pero la cuestión a decidir es si el arrepentimiento es obra del pecador o es una dádiva de Cristo. ¿Debe esperar el pecador hasta que esté lleno de remordimiento por su pecado antes de que pueda ir a Cristo? El primer paso hacia Cristo se da gracias a la atracción del Espíritu de Dios. Cuando el hombre responde a esa atracción, avanza hacia Cristo a fin de arrepentirse.

Se representa al pecador como a una oveja perdida, y una oveja perdida nunca vuelve al aprisco a menos que sea buscada y llevada de vuelta al redil por el pastor. Nadie puede arrepentirse por sí mismo y hacerse digno de la bendición de la justificación. Continuamente el Señor Jesús procura impresionar la mente del pecador y atraerlo para que contemple al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. No podemos dar un paso hacia la vida espiritual a menos que Jesús atraiga y fortalezca el alma, y nos guíe para experimentar el arrepentimiento del cual nadie necesita arrepentirse.

Cuando Pedro presentó claramente ante los sacerdotes y los saduceos el hecho de que el arrepentimiento es don de Dios, hablando de Cristo dijo: “A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hech. 5:31). El arrepentimiento es tanto un don de Dios como lo son el perdón y la justificación, y no se lo puede experimentar a menos que sea dado al alma por Cristo. Si somos atraídos a Cristo, es mediante su poder y virtud. La gracia de la contrición viene mediante él y de él procede la justificación. [...]

La fe va más allá de las palabras

La fe que es para salvación no es una fe casual, no es el mero consentimiento del intelecto; es la creencia arraigada en el corazón que acepta a Cristo como a un Salvador personal, segura de que él

puede salvar perpetuamente a todos los que acuden a Dios mediante él. Creer que él salvará a otros, pero que no te salvará a ti, no es fe genuina. Sin embargo, cuando el alma se aferra de Cristo como la única esperanza de salvación, entonces se manifiesta la fe genuina. Esa fe induce a su poseedor a colocar todos los afectos del alma en Cristo. Su comprensión está bajo el dominio del Espíritu Santo y su carácter se modela de acuerdo con la semejanza divina. Su fe no es muerta, sino una fe que obra por el amor y lo induce a contemplar la belleza de Cristo y a asimilarse al carácter divino. [...]

Toda la obra es del Señor de principio a fin. El pecador que perece puede decir: “Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. El dice: ‘No he venido a llamar a justos, sino a pecadores’ (Mar. 2:17). Soy pecador y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. Él murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora. Acepto el perdón que ha prometido”.

Justos en él

Cristo es un Salvador resucitado pues, aunque estuvo muerto, ha resucitado y vive siempre para interceder por nosotros. Hemos de creer con el corazón para justicia y con la boca hemos de hacer confesión para salvación. Los que son justificados por la fe confesarán a Cristo. “El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). La gran obra que ha de efectuarse para el pecador que está manchado y contaminado por el mal es la obra de la justificación. Este es declarado justo mediante Aquel que habla verdad. El Señor imputa al creyente la justicia de Cristo y lo declara justo delante del universo. Transfiere sus pecados a Jesús, el representante del pecador, su sustituto y garantía. Coloca sobre Cristo la iniquidad de toda alma que cree. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21).

Cristo pagó por la culpabilidad de todo el mundo y todo el que venga a Dios por fe, recibirá la justicia de Cristo, “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Ped. 2:24). Nuestro pecado ha sido expiado, puesto a un lado, arrojado a lo profundo de la mar. Mediante el arrepentimiento y la fe somos liberados del pecado y contemplamos al Señor, nuestra justicia. Jesús sufrió, el justo por el injusto.

¿Qué es el arrepentimiento?

Aunque como pecadores estamos bajo la condenación de la Ley, Cristo, mediante la obediencia que prestó a la Ley, demanda para el alma arrepentida los méritos de su propia justicia. A fin de obtener la justicia de Cristo, es necesario que el pecador sepa lo que es ese arrepentimiento que efectúa un cambio radical en la mente, en el espíritu y en la acción. La obra de la transformación debe comenzar en el corazón y manifestar su poder mediante cada facultad del ser. Sin embargo, el hombre no es capaz de originar un arrepentimiento tal como este, y solo puede experimentarlo mediante Cristo, que ascendió a lo alto, llevó cautiva a la cautividad y dio dones a los hombres.

¿Quién desea el arrepentimiento?

¿Quién desea llegar al verdadero arrepentimiento? ¿Qué debe hacer? Debe ir a Jesús, tal como es, sin demora. Debe creer que la palabra de Cristo es verdadera y, creyendo en la promesa, pedir para recibir. Cuando un sincero deseo mueve a los hombres a orar, no orarán en vano. El Señor cumplirá su palabra, y dará el Espíritu Santo para inducir al arrepentimiento con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. El pecador orará, velará y se apartará de sus pecados, haciendo manifiesta su sinceridad por el vigor de su esfuerzo para obedecer los Mandamientos de Dios. Mezclará fe con la oración, y no solo creerá en los preceptos de la Ley, sino que los obedecerá. Se declarará del lado de Cristo en esta controversia.

Renunciará a todos los hábitos y compañías que tiendan a desviar de Dios el corazón.

El que quiera llegar a ser hijo de Dios, debe recibir la verdad que enseña que el arrepentimiento y el perdón han de obtenerse nada menos que mediante la expiación de Cristo. Asegurado de esto, el pecador debe realizar un esfuerzo en armonía con la obra hecha para él y, con una súplica incansable, debe acudir al trono de gracia para que el poder renovador de Dios llegue hasta su alma. Cristo únicamente perdona al arrepentido, pero primero hace que se arrepienta aquel a quien perdona. La provisión hecha es completa y la justicia eterna de Cristo es acreditada a cada alma creyente. El manto costoso e inmaculado, tejido en el telar del cielo, ha sido provisto para el pecador arrepentido y creyente, y él puede decir: "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia" (Isa. 61:10).

Gracia extraordinaria

Se ha dispuesto gracia abundante para que el alma creyente pueda ser preservada del pecado, pues todo el Cielo, con sus recursos ilimitados, ha sido colocado a nuestra disposición. Hemos de extraer del pozo de la salvación. Cristo es el fin de la Ley para justicia a todo aquel que cree. Somos pecadores por nosotros mismos, pero somos justos en Cristo. Habiéndonos hecho justos por medio de la justicia imputada de Cristo, Dios nos declara justos y nos trata como a tales. Nos contempla como a sus hijos amados. Cristo obra contra el poder del pecado y, donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Rom. 5:1, 2).

"Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como

propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Rom. 3:24-26). "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Efe. 2:8). [Se cita Juan 1:14-16].

Aptos para la salvación

El Señor quiere que los suyos sean sanos en la fe: que no ignoren la gran salvación que les es tan abundantemente ofrecida. No han de mirar hacia adelante pensando que en algún tiempo futuro se hará una gran obra a su favor, pues ahora es completa la obra. El creyente no es exhortado a que haga paz con Dios. Nunca lo ha hecho ni jamás podrá hacerlo. Ha de aceptar a Cristo como su paz, pues con Cristo están Dios y la paz. Cristo dio fin al pecado llevando su pesada maldición en su propio cuerpo en el madero, y ha quitado la maldición de todos los que creen en él como en un Salvador personal. Pone fin al poder dominante del pecado en el corazón, y la vida y el carácter del creyente testifican de la naturaleza genuina de la gracia de Cristo.

A los que le piden, Jesús les imparte el Espíritu Santo, pues es necesario que cada creyente sea liberado de la corrupción, así como de la maldición y condenación de la ley. Mediante la obra del Espíritu Santo, la santificación de la verdad, el creyente llega a ser idóneo para los atrios del cielo, pues Cristo actúa dentro de él y la justicia de Cristo está sobre él. Sin esto, ningún alma tendrá derecho al cielo. No disfrutaríamos del cielo a menos que estuviéramos calificados para su santa atmósfera por la influencia del Espíritu y de la justicia de Cristo.

A fin de ser candidatos para el cielo, debemos hacer frente a los requerimientos de la ley: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo" (Luc. 10:27). Solo podemos

hacer esto al aferrarnos por fe de la justicia de Cristo. Contemplando a Jesús recibimos en el corazón un principio viviente y que se expande; el Espíritu Santo lleva a cabo la obra y el creyente progresa de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de carácter en carácter. Se amolda a la imagen de Cristo hasta que en crecimiento espiritual alcanza la medida de la estatura plena de Cristo Jesús. Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto.

¿Existe algo que se interpone entre Dios y yo?

Solamente Cristo puede hacer esto, pues “debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del mundo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb. 2:17, 18). La reconciliación significa que desaparece toda barrera entre el alma y Dios, y que el pecador comprende lo que significa el amor perdonador de Dios. Debido al sacrificio hecho por Cristo para los hombres caídos, Dios puede perdonar en justicia al transgresor que acepta los méritos de Cristo. Cristo fue el canal por cuyo medio pudieron fluir la misericordia, el amor y la justicia del corazón de Dios al corazón del pecador. “Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

[...] Toda alma puede decir: “Mediante su perfecta obediencia, Cristo ha satisfecho las demandas de la ley y mi única esperanza radica en acudir a él como mi sustituto y garante, que obedeció la Ley perfectamente por mí. Por fe en sus méritos, estoy libre de la condenación de la Ley. Me reviste con su justicia, que responde a todas las demandas de la Ley. Estoy completo en Aquel que produce la justicia eterna. Él me presenta a Dios con la vestimenta inmaculada en la cual no hay una hebra que fue entretejida por instrumento humano alguno. Todo es de Cristo y toda la gloria, el honor y la majestad han de darse al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”.

Muchos piensan que deben esperar un impulso especial a fin de que puedan ir a Cristo; pero solo es necesario acudir con sinceridad de propósito, decidiendo aceptar los ofrecimientos de misericordia y gracia que nos han sido extendidos. Hemos de decir: “Cristo murió para salvarme. El deseo del Señor es que sea salvado, e iré a Jesús sin demora, tal como soy. Me aventuraré a aceptar su promesa. Cuando Cristo me atraiga, responderé”. El apóstol dice: “Con el corazón se cree para justicia” (Rom. 10:10). Nadie puede creer con el corazón para justicia y obtener así la justificación por la fe mientras continúe en la práctica de aquellas cosas que prohíbe la Palabra de Dios, o mientras descuide cualquier deber conocido.

Las buenas obras son el fruto de la fe

La fe genuina se manifestará en buenas obras, pues las buenas obras son frutos de la fe. Cuando Dios actúa en el corazón, y el hombre entrega su voluntad a Dios y coopera con Dios, efectúa en la vida lo que Dios realiza mediante el Espíritu Santo y hay armonía entre el propósito del corazón y la práctica de la vida. Debe renunciarse a cada pecado como a lo aborrecible que crucificó al Señor de la vida y de la gloria, y el creyente debe tener una experiencia progresiva al hacer continuamente las obras de Cristo. La bendición de la justificación se retiene mediante la entrega continua de la voluntad y la obediencia continua.

Los que son justificados por la fe deben tener un corazón que se mantenga en la senda del Señor. Una evidencia de que el hombre no está justificado por la fe es que sus obras no correspondan con su profesión. Santiago dice: “¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?” (Sant. 2:22).

La fe que no produce buenas obras no justifica al alma. “Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe” (Sant. 2:24). “Creyó Abrahán a Dios, y le fue contado por justicia” (Rom. 4:3).

En sus huellas

[...] Donde está la fe, aparecen las buenas obras. Los enfermos son visitados, se cuida de los pobres, no se descuida a los huérfanos ni a las viudas, se viste a los desnudos, se alimenta a los desheredados. Cristo anduvo haciendo bienes, y cuando los hombres se unen con él, aman a los hijos de Dios, y la humildad y la verdad guían sus pasos. La expresión del rostro revela su experiencia y los hombres advierten que han estado con Jesús y que han aprendido de él. Cristo y el creyente se hacen uno, y la belleza del carácter de Cristo se revela en los que están vitalmente relacionados con la Fuente de poder y de amor. Cristo es el gran depositario de la rectitud que justifica y de la gracia santificante.

Todos pueden acudir a él y recibir su plenitud. Él dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mat. 11:28). Luego, ¿por qué no desechar toda incredulidad y escuchar las palabras de Jesús? Necesitáis descanso, anheláis paz. Por lo tanto, decid desde el corazón: “Señor Jesús, vengo, porque tú me has hecho esta invitación”. Creed en él con fe firme, y seréis salvos. ¿Habéis estado mirando a Jesús, que es el autor y consumador de vuestra fe? ¿Habéis estado contemplando a Aquel que está lleno de verdad y de gracia? ¿Habéis aceptado la paz que solo Cristo puede dar? Si no lo habéis hecho, entonces rendíos a él y mediante su gracia procurad tener un carácter que sea noble y elevado. Id en pos de un espíritu constante, resuelto y alegre. Alimentaos de Cristo, que es el pan de vida, y manifestaréis su gracia de carácter y de espíritu.–*Mensajes selectos*, t. 1, pp. 456-466.

Capítulo 4

Dios también tiene reglas

Nuestra única responsabilidad

Como Supremo Legislador del universo, Dios ha ordenado leyes no solo para el gobierno de todos los seres vivientes, sino de todas las operaciones de la naturaleza. Todo, ya sea grande o pequeño, animado o inanimado, está bajo leyes fijas que no pueden ser desdeñadas. No hay excepciones a esta regla, pues nada de lo hecho por la mano divina ha sido olvidado por la mente divina. Sin embargo, al paso que todo lo que hay en la naturaleza es gobernado por la ley natural, solamente el hombre, como ser inteligente capaz de entender sus requerimientos, es responsable ante la Ley moral. Solo al hombre, corona de la creación divina, Dios ha dado una conciencia que comprende las demandas sagradas de la Ley divina, y un corazón capaz de amarla como santa, justa y buena. Del hombre se requiere pronta y perfecta obediencia. Sin embargo, Dios no lo obliga a obedecer: queda como ser moral libre.

Son pocos los que comprenden el tema de la responsabilidad personal del hombre. Sin embargo, es un asunto de máxima importancia. Todos podemos obedecer y vivir, o podemos transgredir la ley de Dios, desafiar su autoridad y recibir el castigo consiguiente. De modo que a cada alma le incumbe decididamente la pregunta: ¿Obedeceré la voz del Cielo, las diez palabras pronunciadas en el Sinaí, o iré con la multitud que pisotea esa ígnea Ley? Para los que aman a Dios, será la máxima delicia observar los Mandamientos divinos y hacer aquellas cosas que son agradables a la vista de Dios. Pero el corazón natural odia la Ley de Dios y lucha contra sus santas demandas. Los hombres cierran su alma a la luz divina, rehusando caminar en ella cuando brilla sobre ellos. Sacrifican la pureza del corazón, el favor de Dios y su esperanza del

cielo a cambio de la complacencia egoísta o las ganancias mundanales.

Dice el salmista: “La ley de Jehová es perfecta” (Sal. 19:7). ¡Cuán maravillosa es la ley de Jehová en su sencillez, su extensión y perfección! Es tan breve, que podemos fácilmente aprender de memoria cada precepto y, sin embargo, tan abarcador como para expresar toda la voluntad de Dios y tener conocimiento no solo de las acciones externas, sino de los pensamientos e intenciones, y los deseos y emociones del corazón. Las leyes humanas no pueden hacer esto. Solo pueden tratar con las acciones externas. Un hombre puede ser transgresor y, sin embargo, puede ocultar sus faltas de los ojos humanos. Puede ser criminal, ladrón, asesino o adúltero pero, mientras no sea descubierto, la ley no puede condenarlo como culpable. La Ley de Dios toma en cuenta los celos, la envidia, el odio, la malignidad, la venganza, la concupiscencia y la ambición que agitan el alma, pero que no han hallado expresión en acciones externas porque ha faltado la oportunidad aunque no la voluntad. Y se demandará cuenta de esas emociones pecaminosas en el día cuando “Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Ecl. 12:14).

Obedecer nos hace felices

La Ley de Dios es sencilla y se entiende fácilmente. Hay hombres que se jactan orgullosamente de que solo creen lo que pueden entender, olvidándose de que hay misterios en la vida humana, en la manifestación del poder de Dios, en las obras de la naturaleza: misterios que la filosofía más profunda, la investigación más extensa, son incapaces de explicar. Pero no hay misterios en la Ley de Dios. Todos pueden comprender las grandes verdades que implica. El intelecto más débil puede captar esas reglas; el más ignorante puede regular su vida y formar su carácter de acuerdo con la norma divina. Si los hijos de los hombres obedecieran esta Ley al máximo de su capacidad, ganarían fortaleza para su mente y poder de discernimiento para comprender todavía más el propósito y los planes de Dios. Y este progreso sería continuo, no solo durante la

vida presente, sino durante los siglos eternos, pues no importa cuán lejos avancemos en el conocimiento de la sabiduría y del poder de Dios, siempre queda un infinito más allá.

La Ley divina nos demanda amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Sin el ejercicio de este amor, la más elevada profesión de fe es mera hipocresía. [...]

Es esencial la obediencia a la Ley, no solo para nuestra salvación, sino para nuestra felicidad y para la felicidad de aquellos con quienes nos relacionamos. “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Sal. 119:165), dice la Palabra inspirada. Sin embargo, el hombre finito presentará a la gente esta ley santa, justa y buena, esta ley de libertad que el Creador mismo ha adaptado para las necesidades del hombre, como un yugo de opresión, un yugo que nadie puede llevar. Pero es el pecador el que considera la ley como un yugo penoso; es el transgresor el que no puede ver belleza en sus preceptos. Pues la mente carnal “no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede” (Rom. 8:7). [...]

Más allá de los “No”

Vivimos en un siglo de gran impiedad. Las multitudes están esclavizadas por costumbres pecaminosas y malos hábitos, y son difíciles de romper los grillos que las atan. Como un diluvio, la iniquidad está inundando la tierra. Ocurren diariamente crímenes casi demasiado horrorosos para ser mencionados. Y, sin embargo, hombres que profesan ser atalayas en las murallas de Sion quieren enseñar que la Ley era solo para los judíos y que caducó con los gloriosos privilegios que comenzaron en la era evangélica. ¿No hay acaso una relación entre el desenfreno y el crimen imperantes, y el hecho de que los ministros y sus fieles sostienen y enseñan que la Ley no está más en vigencia?

El poder condenador de la Ley de Dios se extiende no solo a lo que hacemos, sino a lo que no hacemos. No hemos de justificarnos dejando de hacer lo que Dios requiere. No solo hemos de cesar de

hacer el mal, sino que debemos aprender a hacer el bien. Dios nos ha dado facultades que deben ejercerse en buenas obras y, si no se empleamos esas facultades, ciertamente seremos considerados como siervos malos y negligentes. Quizá no hayamos cometido atroces pecados; tales faltas quizá no estén registradas contra nosotros en el libro de Dios; pero el hecho de que nuestros actos no sean registrados como puros, buenos, elevados y nobles, lo que indica que no hemos cultivado los talentos que se nos confiaron, nos coloca bajo condenación.

La Ley de Dios existía antes de que el hombre fuera creado. Fue adaptada a las condiciones de seres santos: aun los ángeles eran gobernados por ella. No se cambiaron los principios de justicia después de la caída. Nada fue quitado de la Ley. No podía mejorarse ninguno de sus santos preceptos. Y así como ha existido desde el comienzo, de la misma manera continuará existiendo por los siglos perpetuos de la eternidad. Dice el salmista: “Hace ya mucho que he entendido tus testimonios, que para siempre los has establecido” (Sal. 119:152). –*Mensajes selectos*, t. 1, pp. 253-258.

Capítulo 5

El equilibrio entre la fe y las obras

Un testimonio viviente

"Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (Heb. 11:6). Hay muchos en el mundo cristiano que sostienen que todo lo que se necesita para la salvación es tener fe; las obras nada son, lo único esencial es la fe. Pero la Palabra de Dios nos dice que la fe sola, sin obras, es muerta.

Muchos rehúsan obedecer los mandamientos de Dios, mas hacen mucho hincapié en la fe. Empero la fe debe tener un fundamento. Todas las promesas de Dios son condicionales. Si hacemos su voluntad, si caminamos en la verdad, entonces podemos pedir lo que queramos, y nos será dado. Cuando tratamos fervorosamente de ser obedientes, Dios escucha nuestras peticiones; pero él no nos bendecirá si estamos en desobediencia. Si escogemos desobedecer sus mandamientos, podemos gritar "Fe, fe, solamente fe", y la respuesta vendrá de la segura Palabra de Dios: "La fe sin obras es muerta" (Sant. 2:20). Una fe tal solo será como metal que resuena y címbalo que retiñe.

Para tener los beneficios de la gracia de Dios, debemos hacer nuestra parte; debemos trabajar fielmente y producir frutos dignos de arrepentimiento. Somos obreros juntamente con Dios. No hemos de sentarnos con indolencia, a la espera de alguna gran ocasión, para hacer una obra importante por el Maestro. No hemos de descuidar el deber que está directamente en nuestro camino, sino que hemos de aprovechar las pequeñas oportunidades que se presentan a nuestro alrededor. Debemos avanzar haciendo lo mejor que podemos en los trabajos más pequeños de la vida, asumiendo de todo corazón y con toda fidelidad la obra que la providencia de

Dios nos ha asignado. Por pequeña que sea, debemos hacerla con todo el cuidado con que haríamos una obra mayor. Nuestra fidelidad será aprobada en los registros del cielo.

No necesitamos esperar que nuestro camino sea suavizado delante de nosotros. Empecemos a trabajar para utilizar los talentos que se nos han confiado. No debe importarnos lo que el mundo pensará acerca de nosotros. Que nuestras palabras, nuestro espíritu y nuestras acciones sean un testimonio vivo de Jesús, y el Señor cuidará de que el testimonio dado para su gloria, presentado en una vida bien ordenada y en una conversación piadosa, pueda profundizarse e intensificarse con poder. Sus resultados pueden nunca ser conocidos en la Tierra, pero serán manifestados delante de Dios y de los ángeles.

¿Cuál es mi parte?

Debemos hacer todo lo que está de nuestra parte para pelear la buena batalla de la fe. Debemos luchar, trabajar, esforzarnos y agonizar para entrar por la puerta estrecha. Debemos poner al Señor siempre delante de nosotros. Con manos limpias, con corazones puros, debemos tratar de honrar a Dios en todos nuestros caminos. Se ha provisto ayuda para nosotros por medio de Aquel que es poderoso para salvar. El espíritu de verdad y luz nos vivificará y renovará mediante sus misteriosas operaciones; porque todo nuestro progreso espiritual proviene de Dios, no de nosotros mismos. El obrero verdadero tendrá el poder divino en su ayuda, pero el indolente no será sostenido por el Espíritu de Dios.

En un sentido, somos librados a nuestras propias energías; debemos luchar con ahínco para ser celosos y arrepentirnos, para limpiar nuestras manos y purificar nuestros corazones de toda mancha; debemos alcanzar la norma más elevada, creyendo que Dios nos ayudará en nuestros esfuerzos. Si hemos de hallar, debemos buscar, y buscar con fe; debemos llamar, para que la puerta pueda abrirse ante nosotros. La Biblia enseña que todo lo referente a nuestra salvación depende de nuestro propio curso de

acción. Si perecemos, la responsabilidad yacerá enteramente en nosotros mismos. Si se ha hecho provisión, y si aceptamos los términos de Dios, podemos apropiarnos de la vida eterna. Debemos acudir a Cristo con fe, debemos ser diligentes para hacer nuestra vocación y elección seguras.

¿Una fe que no hace nada?

Se promete el perdón de los pecados al que se arrepiente y cree; la corona de vida será el galardón del que es fiel hasta el fin. Podemos crecer en la gracia desarrollándonos por medio de la gracia que ya tenemos. Debemos mantenernos sin mancha del mundo si hemos de ser hallados sin culpa en el día de Dios. La fe y las obras van de la mano; actúan armoniosamente en la empresa de alcanzar la victoria. Las obras sin fe son muertas, y la fe sin obras es muerta. Las obras jamás van a salvarnos; son los méritos de Cristo los que contarán en nuestro favor. Mediante la fe en Él, Cristo hará que todos nuestros imperfectos esfuerzos sean aceptables para Dios. La fe que se requiere que tengamos no es una fe de no hacer nada; fe salvadora es la que obra por amor y purifica el alma. El que eleve a Dios manos santas sin ira ni duda, caminará inteligentemente en la senda de los mandamientos de Dios.

Si hemos de hallar perdón por nuestros pecados, primero debemos tener conciencia de lo que es el pecado, para que podamos arrepentirnos y producir frutos dignos de arrepentimiento. Debemos tener un fundamento sólido para nuestra fe; debe fundarse en la Palabra de Dios, y sus resultados se manifestarán en obediencia a la voluntad revelada de Dios. Dice el apóstol: “Sin... [santidad] nadie verá al Señor” (Heb. 12:14).

El equilibrio perfecto

La fe y las obras nos mantendrán equilibrados y nos darán el éxito en la tarea de perfeccionar el carácter cristiano. Jesús dice: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mat.

7:21). Refiriéndose al alimento temporal, el apóstol dijo: “Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tes. 3:10). La misma regla se aplica a nuestra nutrición espiritual; si alguno ha de tener el pan de vida eterna, que haga esfuerzos para obtenerlo.

Estamos viviendo en un período importante e interesante de la historia de esta tierra. Necesitamos más fe que la que hemos tenido hasta ahora; necesitamos un sostén más firme de lo alto. Satanás está obrando con todo poder para obtener la victoria sobre nosotros, porque sabe que no tiene sino un corto tiempo para trabajar. Pablo se esforzó con temor y temblor para obtener su salvación; y ¿no debiéramos temer nosotros, no sea que permaneciendo aún la promesa, alguno de nosotros parezca no haberla alcanzado, y nos demostremos indignos de la vida eterna? Deberíamos velar en oración, luchando con esfuerzo agonizante para entrar por la puerta estrecha.

No hay excusa para el pecado o para la indolencia. Jesús ha señalado el camino, y desea que sigamos sus pisadas. Él ha sufrido. Él se ha sacrificado como ninguno de nosotros puede hacerlo, para poder poner la salvación a nuestro alcance. No necesitamos desanimarnos. Jesús vino a nuestro mundo para poner a disposición del hombre el poder divino a fin de que, mediante su gracia, pudiéramos ser transformados a su semejanza.

Después de haber hecho lo mejor, ¿qué pasará?

Cuando está en el corazón el propósito de obedecer a Dios, cuando se realizan esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esta disposición y esos esfuerzos como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con su propio mérito divino. Pero no aceptará a los que pretenden tener fe en él y, sin embargo, son desleales a los mandamientos de su Padre.

Oímos hablar mucho acerca de la fe, pero necesitamos oír mucho más acerca de las obras. Muchos están engañando a sus propias

almas al vivir una religión cómoda, complaciente, sin cruz. Pero Jesús dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mat. 16:24).–*Signs of the Times*, 16 de junio de 1890 [Disertación matinal pronunciada en Basilea, Suiza, el 17 de septiembre de 1885].

Semejante a dos remos

Si somos fieles en cumplir con nuestra parte, cooperando con Dios, él obrará mediante nosotros [para hacer] su buena voluntad. Pero él no puede obrar mediante nosotros si no nos esforzamos. Si hemos de ganar la vida eterna, debemos trabajar y trabajar fervientemente... No nos engañemos por la afirmación que se repite con frecuencia: “Todo lo que tenéis que hacer es creer”. La fe y las obras son dos remos que debemos usar igualmente si hemos de abrirnos camino aguas arriba contra la corriente de la incredulidad: “La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” [Sant. 2:17]. El cristiano es un hombre de pensamiento y acción. Su fe afirma sus raíces firmemente en Cristo. Mediante la fe y las buenas obras mantiene su espiritualidad robusta y saludable, y su fuerza espiritual aumenta a medida que se esfuerza para efectuar las obras de Dios.–*Review and Herald*, 11 de junio de 1901.

Presentemos un mensaje equilibrado

Sed muy cuidadosos, mis hermanos, en cuanto a la forma de presentar el tema de la fe y las obras ante los oyentes, no sea que las mentes se confundan. [...]

No presente nadie la idea de que el hombre tiene poco o nada que hacer en la gran obra de vencer, pues Dios no hace nada para el hombre sin su cooperación. Tampoco se diga que después de que habéis hecho todo lo que podéis de vuestra parte, Jesús os ayudará. Cristo ha dicho: “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). Desde el principio hasta el fin, el hombre ha de ser colaborador con Dios. A menos que el Espíritu Santo actúe sobre el corazón humano, tropezaremos y caeremos a cada paso. Los

esfuerzos del hombre solo no son nada sino inutilidad, pero la cooperación con Cristo significa victoria. [...]

Nunca dejéis en la mente la impresión de que hay poco o nada que hacer de parte del hombre, sino más bien enseñad que el hombre ha de cooperar con Dios para que pueda vencer.

No diga nadie que sus obras no tienen nada que ver con su jerarquía y posición delante de Dios. En el juicio, se pronunciará la sentencia de acuerdo con lo que ha sido hecho o lo que ha sido dejado sin hacer (Mat. 25:34-40).

Se requieren esfuerzos y labor de parte del que recibe la gracia de Dios, pues el fruto es el que manifiesta cuál es el carácter del árbol. Aunque las buenas obras del hombre, sin fe en Jesús, no tienen más valor que la ofrenda de Caín; cubiertas con los méritos de Cristo, testifican de la idoneidad del que las hace para heredar la vida eterna. Lo que es considerado como moral en el mundo no alcanza la norma divina y no tiene más mérito delante del cielo que el que tuvo la ofrenda de Caín.–*Mensajes selectos*, t. 1, pp. 445-447. (Ver páginas 442 al 445 para leer una carta en la que se le advierte a un predicador respecto de presentar solo una cara de la moneda.)

Capítulo 6

Salvados solamente “en Cristo”

“Él me salvará ahora”

El pecador que perece puede decir: “Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Él dice: ‘No he venido a llamar a justos, sino a pecadores’ (Mar. 2:17). Soy pecador y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. Él murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora. Acepto el perdón que ha prometido”.–*Mensajes selectos*, t. 1, p. 459.

No puede ser vencido el que se arrepiente de sus pecados y acepta el don de la vida del Hijo de Dios. Aferrándose por fe de la naturaleza divina, llega a ser un hijo de Dios. Ora, cree. Cuando es tentado y probado, demanda el poder que Cristo dio con su muerte, y vence mediante la gracia de Jesús. Esto necesita entender cada pecador. Debe arrepentirse de sus pecados, debe creer en el poder de Cristo, y debe aceptar ese poder que salva y protege del pecado. ¡Cuán agradecidos debiéramos estar por la dádiva del ejemplo de Cristo! –*Ibíd.*, p. 262.

¿Por qué afligirse?

Una vida en Cristo es una vida de reposo. Puede no haber éxtasis de sentimientos, pero habrá una confianza permanente y apacible. Tu esperanza no está en ti; está en Cristo. Tu debilidad está unida a su fortaleza, tu ignorancia a su sabiduría, tu fragilidad a su poder eterno. [...]

No debemos hacer de nuestro yo el centro de nuestro ser, ni dejarnos dominar por la ansiedad y el temor acerca de si seremos salvos o no. Todo esto es lo que desvía al alma de la Fuente de su

fortaleza. Encomienda el cuidado de tu alma a Dios y confía en él. Habla de Jesús y piensa en él. Piérdase tu yo en él. Destierra toda duda; disipa tus temores. Di con el apóstol Pablo: “Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí: la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20). Reposa en Dios. Él es capaz para guardar lo que le has confiado. Si te pones en sus manos, él te hará más que vencedor gracias al Ser que te amó.–*El camino a Cristo*, pp. 70-72.

Podemos contar con esto

“El que mediante su propia expiación proveyó para el hombre un caudal infinito de poder moral, no dejará de emplear ese poder en nuestro favor. [...] Todas las fuerzas satánicas no tienen poder para vencer a un alma que, con fe sencilla, se apoya en Cristo”.–*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 121, 122.

“Se ha dispuesto gracia abundante para que el alma creyente pueda ser preservada del pecado”.–*Mensajes selectos*, t. 1, p. 461.

“En él tenemos una ofrenda completa, un sacrificio infinito, un poderoso Salvador, que puede salvar hasta lo último a todos los que vienen a Dios por medio de él. Con amor, viene a revelar al Padre, a reconciliar al hombre con Dios, a hacerlo una nueva criatura, renovada de acuerdo con la imagen de Aquel que lo creó”.–*Ibíd.*, pp. 377, 378.

El problema de Pedro

El mal que provocó la caída de Pedro [de negar a Cristo en su juicio] [...] está ocasionando la ruina de millares. No hay nada que ofenda tanto a Dios, o que sea tan peligroso para el alma humana, como el orgullo y la suficiencia propia. De todos los pecados es el más desesperado, el más incurable.

La caída de Pedro no fue instantánea, sino gradual. La confianza propia lo indujo a creer que estaba salvado, y dio paso tras paso en el camino descendente hasta que pudo negar a su Maestro. Nunca podemos con seguridad poner la confianza en el yo; ni tampoco estando, como nos hallamos, fuera del cielo, hemos de sentir que nos encontramos seguros contra la tentación. Nunca debe enseñarse a los que aceptan al Salvador, aunque sean sinceros en su conversión, a decir o sentir que están salvados.[1]

Eso es engañoso. Debe enseñarse a todos a acariciar la esperanza y la fe; pero aun cuando nos entregamos a Cristo y sabemos que él nos acepta, no estamos fuera del alcance de la tentación. La Palabra de Dios declara: “Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados” (Dan. 12:10). Solamente el que soporte la prueba, “recibirá la corona de vida” (Sant. 1:12).

Los que aceptan a Cristo y dicen en su primera fe: “Soy salvo” están en peligro de confiar en sí mismos. Pierden de vista su propia debilidad y constante necesidad de la fortaleza divina. No están preparados para resistir los ardides de Satanás y, cuando son tentados, muchos, como Pedro, caen en las profundidades del pecado. Se nos amonesta: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Cor. 10:12). Nuestra única seguridad está en desconfiar constantemente de nosotros mismos y confiar en Cristo.–*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 119, 120.

Nunca estés “satisfecho”

Hay muchos que profesan seguir a Cristo, pero que nunca llegan a ser cristianos maduros. Admiten que el hombre está caído, que sus facultades están debilitadas, que es incapaz de hazañas morales; pero añaden que Cristo ha llevado todas las cargas, todos los sufrimientos, toda la abnegación, y que están dispuestos a dejar que él lo lleve todo. Dicen que no hay nada que puedan hacer sino creer; pero dijo Cristo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mat. 16:24). Jesús guardó los Mandamientos de Dios. [...]

Nunca debemos descansar satisfechos de nuestra condición y cesar de progresar diciendo: “Estoy salvado”. Cuando se fomenta esta idea, cesan de existir los motivos para velar, para orar, para realizar fervientes esfuerzos a fin de avanzar hacia logros más elevados. Ninguna lengua santificada pronunciará esas palabras hasta que venga Cristo y entremos por las puertas de la ciudad de Dios. Entonces, con plena razón, podremos dar gloria a Dios y al Cordero por la liberación eterna. Mientras el hombre esté lleno de debilidades –pues por sí mismo no puede salvar su alma–, nunca debería atreverse a decir: “Soy salvo”.

No puede jactarse de la victoria el que se reviste de la armadura, pues tiene todavía que pelear la batalla y ganar la victoria. El que soporte hasta el fin es el que será salvo.–*Mensajes selectos*, t. 1, pp. 368, 369.

La relación con Cristo: ¿Falsa o verdadera?

En la iglesia hay creyentes e incrédulos. Cristo presenta estas dos clases en su parábola de la vid y sus pámpanos. Exhorta así a quienes le siguen: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:4, 5).

Hay una gran diferencia entre una supuesta unión y una conexión real con Cristo por la fe. Una profesión de fe en la verdad pone a los hombres en la iglesia, pero esto no prueba que tienen una conexión tal con la Vid viviente. Se nos da una regla por la que se puede distinguir al verdadero discípulo de aquellos que aseveran seguir a Cristo, pero no tienen fe en él. Una clase da fruto; la otra no es fructífera. Una está con frecuencia sometida a la podadera de Dios, para que pueda dar más fruto; la otra, como ramas secas, queda pronto separada de la Vid viviente.

[...] Las fibras del sarmiento son casi iguales que las de la vid. La comunicación de la vida, la fuerza y el carácter fructífero del tronco a los sarmientos se mantiene constante y sin obstrucción. La raíz envía su nutrición por el sarmiento. Esta es la relación que sostiene con Cristo el verdadero creyente. Permanece en Cristo y obtiene de él su nutrición.

Es algo personal

Esta relación espiritual puede establecerse únicamente por el ejercicio de la fe personal. Esta fe debe expresar, de nuestra parte, una suprema preferencia, perfecta confianza y entera consagración. Nuestra voluntad debe entregarse completamente a la voluntad divina. Nuestros sentimientos, deseos, intereses y honor deben identificarse con la prosperidad del reino de Cristo y el honor de su causa, recibiendo nosotros constantemente la gracia de él y aceptando Cristo nuestra gratitud.

Cuando se ha formado esta intimidad de conexión y comunión, nuestros pecados son puestos sobre Cristo, su justicia nos es imputada. Él fue hecho pecado por nosotros, para que pudiésemos ser hechos justicia de Dios en él. Tenemos acceso a Dios por él; somos aceptos en el Amado. [...]

Cuando Cristo estaba por abandonar a sus discípulos, les dio el hermoso emblema de su relación con los creyentes. Había estado presentándoles la íntima comunión consigo mismo por la cual podrían mantener la vida espiritual cuando su presencia visible se retrajese. Para grabar la lección en sus mentes, les presentó la vid como el símbolo más llamativo y apropiado de esa comunión. [...]

Todo seguidor de Cristo tiene un interés tan profundo en esta lección como los discípulos que escucharon sus palabras. En su apostasía, el hombre se enajenó de Dios. La separación es grande y temible; pero Cristo ha hecho provisión para unirnos con él una vez más. El poder del mal está tan identificado con la naturaleza humana, que ningún hombre puede vencer, excepto mediante la

unión con Cristo. A través de esta unión recibimos fuerza moral y espiritual. Si tenemos el Espíritu de Cristo, rendiremos el fruto de la justicia, un fruto que será una honra y una bendición para la humanidad y glorificará a Dios.

El Padre es el cuidador de la viña. Con destreza y misericordia poda toda rama que da fruto. Quienes comparten el sufrimiento y el reproche de Cristo ahora, compartirán su gloria en el más allá. Él "no se avergüenza de llamarlos hermanos" (Heb. 2:12). Sus ángeles ministran en su favor. Su segunda aparición será como Hijo del hombre y, de esta manera, aun en su gloria, se identifica con la humanidad. A los que se han unido a él les dice: "Aunque olvide ella [la madre, al hijo que dio a luz], yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros" (Isa. 49:15, 16).

Podando las ramas

Oh, ¡qué maravillosos privilegios se nos otorgan!

¿No nos esforzaremos con todo empeño para formar esta alianza con Cristo, único medio por el cual se pueden obtener estas bendiciones? ¿No nos desprenderemos de nuestros pecados por medio de la justicia, y de nuestras iniquidades volviéndonos al Señor? El escepticismo y la deslealtad se han difundido por todas partes. Cristo preguntó: "Cuando el Hijo del hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?" La permanencia de nuestra fe es la condición de nuestra unión.

La unión con Cristo mediante una fe viviente es duradera; toda otra unión perecerá. Cristo nos escogió primero, pagando un precio infinito por nuestra redención; y el verdadero creyente escoge a Cristo como el primero, el último y el mejor en todo; pero esta unión tiene su precio. El ser orgulloso entra en una unión de dependencia total. Todos los que entran en esta unión han de sentir su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. Han de experimentar un cambio de corazón. Han de someter su voluntad a la voluntad de Dios. Se

llevará a cabo una obra dolorosa de desprendimiento tanto como de acercamiento. El orgullo, el egoísmo, la vanidad, la mundanalidad –el pecado en todas sus formas– han de vencerse si hemos de entrar en unión con Cristo. La razón por la que muchos encuentran la vida cristiana tan lamentablemente dura, y por la que son tan inconstantes y variables, es que procuran vincularse a sí mismos con Cristo sin haberse primero desprendido de sus ídolos acariciados.

Después que se ha formado la unión con Cristo, se ha de preservar solamente mediante la oración constante y el esfuerzo incansable. Hemos de resistir, negar y conquistar el yo. Por la gracia de Cristo, por medio del valor, la fe y la vigilancia, podremos ganar la victoria. –*Testimonios*, t. 5, pp. 211-214.

---

1 Es privilegio del cristiano saber que, al momento de aceptar a Cristo, es salvo de sus pecados y puede regocijarse en esta salvación. Pero ni las Escrituras ni los escritos del Espíritu de Profecía apoyan la creencia popular: “Una vez salvo, para siempre salvo”. Una persona puede ser salva hoy, pero al dejar de fijar la vista en Jesús y de crecer diariamente en él, puede volverse seguro de sí mismo y perderse mañana. El apóstol Pablo declaró: “Cada día muero”. En cierto sentido, la conversión es una experiencia diaria.
Estudie cuidadosamente la advertencia extraída de la lección de la vida de Pedro. Lea esto en todo su contexto y en conjunción con la declaración similar siguiente. Encontrará que el desconcertante pasaje se explica a sí mismo. Nuestro Señor hará que cada cristiano se regocije gratuitamente en su salvación, la salvación que disfruta diariamente. Y cuando se le pregunte: “¿Eres salvo?”, podrá responder afirmativamente con seguridad. Explicará que esta experiencia da como resultado una dependencia constante de Dios y un crecimiento cristiano constante.–*Fideicomisarios del Patrimonio White.*

Capítulo 7

Cuidado con las falsificaciones

Esta es la prueba

"¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Isa. 8:20). Al pueblo de Dios se lo dirige a las Escrituras como su salvaguardia contra las influencias de los falsos maestros y el poder engañoso de los espíritus de las tinieblas. Satanás emplea todo artificio posible para impedir que los hombres obtengan un conocimiento de la Biblia, pues su claro lenguaje revela sus engaños. En ocasión de cada avivamiento de la obra de Dios, el príncipe del mal actúa con mayor energía; en la actualidad está haciendo esfuerzos desesperados preparándose para la lucha final contra Cristo y sus seguidores. El último gran engaño se desplegará pronto ante nosotros. El Anticristo va a efectuar ante nuestra vista sus obras maravillosas. La falsificación se asemejará tanto a la realidad, que será imposible distinguirlas sin el auxilio de las Santas Escrituras. Por medio de su testimonio debemos examinar toda declaración y todo milagro. –*El conflicto de los siglos*, p. 651.

¿Por qué no son suficientes los milagros?

Quien haga de la operación de milagros la prueba de su fe, encontrará que Satanás puede, mediante una variedad de engaños, realizar maravillas que pasarán por milagros genuinos.–*Mensajes selectos*, t. 2, p. 60.

Satanás es un obrero astuto, e introducirá engaños sutiles a fin de oscurecer y confundir la mente y desarraigar las doctrinas de la salvación. Aquellos que no acepten la Palabra de Dios literalmente, caerán en esa trampa.–*Ibíd.*

Los malos ángeles nos siguen en todo momento. [...] ellos asumen nuevas posiciones, y obran maravillas y milagros ante nuestros ojos. [...]

Algunos estarán tentados a recibir prodigios como provenientes de Dios. Habrá enfermos que sanarán delante de nosotros. Se realizarán milagros ante nuestra vista. ¿Estamos preparados para la prueba que nos aguarda cuando se manifiesten más plenamente los milagros mentirosos de Satanás? ¿No serán entrampadas y apresadas muchas almas? Al apartarse de los claros preceptos y mandamientos de Dios, y al prestar oído a las fábulas, la mente de muchos se está preparando para aceptar estos prodigios mentirosos. Todos debemos procurar armarnos ahora para la contienda en la cual pronto deberemos empeñarnos. La fe en la Palabra de Dios, estudiada con oración y puesta en práctica, será nuestro escudo contra el poder de Satanás y nos hará vencedores por la sangre de Cristo.–*Testimonios*, t. 1, p. 272.

Las sanaciones pueden ser del diablo

Se me ha indicado que diga que en el futuro será necesaria una gran vigilancia. No debe existir la torpeza espiritual en el pueblo de Dios. Los espíritus del mal procuran activamente controlar las mentes humanas. Los hombres están siendo reunidos en atados, listos para ser consumidos por los fuegos de los últimos días. Aquellos que descartan a Cristo y su justicia, aceptarán los engaños que están inundando al mundo. Los cristianos deben ser sobrios y vigilantes, y resistir firmemente a su adversario el diablo, quien anda como león rugiente en busca de alguien a quien devorar. Habrá personas que, sometidas a la influencia de los espíritus malignos, realizarán milagros. [...]

No necesitamos ser engañados. Pronto ocurrirán escenas maravillosas con las cuales Satanás estará estrechamente relacionado. La Palabra de Dios declara que Satanás obrará milagros. Hará enfermar a la gente y después quitará repentinamente de ella su poder satánico. Eso hará que se

considere sanados a los enfermos. Estas obras de curación aparente pondrán a prueba a los adventistas. Muchos que tienen gran luz dejarán de andar en la luz, porque no han logrado una unidad con Cristo.–*Mensajes selectos*, t. 2, p. 61.

Si aquellos por medio de quienes se realizan curaciones están dispuestos —en vista de estas manifestaciones— a excusar su descuido de la ley de Dios, y prosiguen desobedeciendo, aunque tengan poder en todo sentido, tal cosa no significa que posean el gran poder de Dios. Por el contrario, es el poder obrador de milagros del gran engañador. Él es un transgresor de la Ley moral, y utiliza toda invención posible para enceguecer a los hombres en cuanto a su verdadero carácter. Se nos ha advertido que en los últimos días obrará con señales y maravillas mentirosas. Y continuará esas maravillas hasta que termine el tiempo de gracia, a fin de poder señalarlas como evidencias de que es un ángel de luz y no de las tinieblas.–*Ibíd.*, p. 58.

Un falso “don de lenguas” identificado en 1864

Un espíritu de fanatismo ha regido a cierta clase de observadores del sábado allí; han bebido tan solo pocos sorbos de la fuente de verdad, y no conocen el espíritu del mensaje del tercer ángel. [...]

Algunas de estas personas tienen manifestaciones de lo que llaman dones, y dicen que el Señor las ha colocado en la iglesia. Hablan en una jerigonza incomprensible que llaman la lengua desconocida, y que lo es no solo para el hombre, sino para el Señor y todo el cielo. Estos dones son fabricados por hombres y mujeres ayudados por el gran engañador. El fanatismo, la falsa agitación, el falso hablar en lenguas y los servicios ruidosos han sido considerados dones que Dios ha colocado en la iglesia. Algunos han sido engañados. [...]

[...] Pero la influencia de tales reuniones no es benéfica. Una vez desaparecida la sensación fugaz de felicidad, descienden más bajo que antes de la reunión, porque su felicidad no proviene de la

debida fuente. Las reuniones más provechosas para el progreso espiritual, son aquellas que se caracterizan por la solemnidad y el escudriñamiento profundo del corazón, en las cuales cada uno procura conocerse a sí mismo, y con fervor y profunda humildad se esfuerza por aprender de Cristo. [...]

Hay estrellas fugaces que profesan ser ministros enviados por Dios y van predicando el sábado de lugar en lugar; pero han mezclado la verdad con el error y le ofrecen al pueblo el conjunto de sus opiniones dispares. Satanás los ha introducido para disgustar a los incrédulos inteligentes y sensatos. Algunos tienen mucho que decir acerca de los dones, y tienen a menudo manifestaciones especiales. Se entregan a sentimientos desenfrenados y excitantes, y hacen ruidos ininteligibles que llaman don de lenguas. Cierta clase de personas parece encantada con estas extrañas manifestaciones. Un espíritu extraño domina a estas gentes, que están dispuestas a atropellar a cualquiera que se proponga reprenderlas. El Espíritu de Dios no está en esta obra y no acompaña a tales obreros. Ellos tienen otro espíritu.–*Testimonios*, t. 1, pp. 364-367.

El mundo no se convertirá por el don de lenguas o por la operación de milagros, sino por la predicación de Cristo crucificado.–*Testimonios para los ministros*, p. 431.

Tambores, danzas y ruidos

Esas misma cosas que habéis explicado que ocurrían en Indiana,[2] el Señor me ha mostrado que volverían a ocurrir justamente antes de la terminación del tiempo de gracia. Se manifestará toda clase de cosas extrañas. Habrá vocerío acompañado de tambores, música y danza. El juicio de algunos seres racionales quedará confundido de tal manera que no podrán confiar en él para realizar decisiones correctas. Y a esto consideran como la actuación del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo nunca se manifiesta en esa forma, mediante ese ruido desconcertante. Esto constituye una invención de Satanás

para ocultar sus ingeniosos métodos destinados a tornar ineficaz la pura, sincera, elevadora, ennoblecedora y santificadora verdad para este tiempo. […] El ruido desconcertante aturde los sentidos y desnaturaliza aquello que, si se condujera en la forma debida, constituiría una bendición. El influjo de los instrumentos satánicos se une con el estrépito y el vocerío, con lo cual resulta un carnaval, y a esto se lo denomina la obra del Espíritu Santo. […] Los que participan en el supuesto reavivamiento reciben impresiones que los dejan a la deriva. Son incapaces de decir qué creían anteriormente concerniente a los principios bíblicos.

Cuerpos fuera de control

No debería estimularse esta clase de culto. Este mismo género de influencia advino después de cumplida la fecha de 1844. Ocurrieron las mismas representaciones. Los hombres se agitaron y fueron estimulados por un poder que pensaban que era el poder de Dios. Movían y agitaban sus cuerpos una y otra vez, como una rueda de carro, pretendiendo que no podrían hacer esto si no fuera por un poder sobrenatural. Había una creencia de que los muertos eran levantados y habían ascendido al cielo. El Señor me dio un mensaje para este fanatismo; porque los hermosos principios de la verdad bíblica estaban siendo eclipsados.

Desnudez

Hombres y mujeres, que se suponían guiados por el Espíritu Santo, realizaron reuniones en estado de desnudez. Hablaban acerca de la carne santa. Decían que estaban fuera del poder de la tentación, y cantaban y gritaban, y hacían toda clase de manifestaciones ruidosas. Estos hombres y mujeres no eran malos, pero estaban engañados... Satanás estaba amoldando la obra, y la sensualidad era el resultado. La causa de Dios era deshonrada. La verdad, la sagrada verdad, era arrastrada en el polvo por agentes humanos.

Las autoridades del país intervinieron, y varios de los dirigentes del grupo fueron encarcelados. Para los que fueron encerrados en la cárcel, esta interferencia se llamaba persecución por causa de la verdad, y así la verdad fue vestida con ropas manchadas por la carne... Yo presenté la reprobación del Señor con respecto a esta clase de obra, mostrando que su influencia hacía que la verdad fuera objetable y desagradable para la comunidad...

Presenté mi testimonio, declarando que estos movimientos fanáticos, este ruido y este alboroto eran inspirados por el espíritu de Satanás, que estaba obrando milagros para engañar si fuera posible a los mismos elegidos–*Carta* 132, 1900. –Porciones de *Mensajes Selectos* t. 2, pp. 41, 42.

Confusión

Debemos estar en guardia a fin de mantener una estrecha comunión con Cristo y para no ser engañados por las artimañas de Satanás. El Señor quiere que sus servicios se caractericen por el orden y la disciplina, y no por la agitación y la confusión.–*Mensajes selectos*, t. 2, p. 40.

Los gritos y ejercicios salvajes y estridentes no son evidencia de que el Espíritu de Dios está obrando.–*Review and Herald*, 5 de marzo de 1889.

Orden versus impresiones y sentimientos

Son muchos los espíritus inquietos que no quieren someterse a la disciplina, el sistema y el orden. Piensan que sus libertades quedarían cercenadas si pusiesen a un lado su propio juicio y se sometiesen al de personas de experiencia. La obra de Dios no progresará a menos que los hermanos decidan someterse al orden y expulsar de las reuniones el espíritu temerario y desordenado del fanatismo.

Las impresiones y los sentimientos no son evidencia segura de que una persona es conducida por el Señor. Satanás creará sentimientos e impresiones, si no se sospecha de él. Estas cosas no son una guía segura. Todos deben familiarizarse cabalmente con las evidencias de nuestra fe, y el gran objeto de su estudio debe ser cómo adornar la profesión de fe con frutos dignos de la gloria de Dios.–*Testimonios*, t. 1, pp. 365, 366.

Esclavos de Satanás

Por doquiera, Satanás procura atraer a los jóvenes al camino de la perdición, y si puede colocar una vez los pies de ellos en el camino, los apresura en su curso descendente guiándolos de un libertinaje a otro, hasta que sus víctimas pierden la sensibilidad de la conciencia y no tienen más temor de Dios delante de sus ojos. Cada vez tienen menos dominio propio. Se entregan al vino y al alcohol, al tabaco y al opio, y van de un grado de disipación a otro. Son esclavos del apetito. Aprenden a despreciar consejos que una vez respetaron. Se revisten de fanfarronería, y se jactan de ser libres cuando son los esclavos de la corrupción. Por libertad quieren decir que son esclavos del egoísmo, del apetito depravado y del libertinaje.–*La temperancia*, p. 243.

“Inspirados” por las drogas

Durante un tiempo [un paciente del Sanatorio de Battle Creek] pensó que recibía nueva luz. Estaba gravemente enfermo, y no le quedaba mucho tiempo de vida. [...] Aquellos a quienes presentaba sus puntos de vista lo escuchaban ansiosamente, y algunos pensaban que estaba inspirado. [...] Muchas personas consideraban que sus conceptos no tenían ni una falla. Hablaban de sus poderosas exhortaciones presentadas desde su lecho de enfermo. Contempló visiones maravillosas. Pero ¿cuál era la fuente de su inspiración? Era la morfina[3] que le administraban para aliviar sus dolores.–*Mensajes selectos*, t. 2, p. 129.

Panteísmo, espiritismo y amor libre

La teoría según la cual Dios es una esencia inmanente en toda la naturaleza es uno de los engaños más sutiles de Satanás. No presenta a Dios tal cual es y deshonra su grandeza y majestad. Las teorías panteístas no son confirmadas por la Palabra de Dios. [...] Agradan al corazón natural y dan rienda suelta a las inclinaciones. –*Testimonios*, t. 8, p. 306.

La teoría de que Dios es una esencia que penetra toda la naturaleza es aceptada por muchos que profesan creer en las Escrituras; pero, por muy hermosamente vestida que esté, esa teoría es un engaño muy peligroso. Da una falsa idea de Dios y agravia su grandeza y majestad. Lo seguro es que no tiende tan solo a extraviar sino a corromper a los hombres. Las tinieblas son su elemento y la sensualidad su ambiente. [...] Estas teorías, llevadas hasta su conclusión lógica, desbaratan la economía cristiana. Desechan la necesidad de la expiación, y hacen del hombre su propio salvador.–*El ministerio de curación*, p. 335.

He visto los resultados de esas ideas imaginarias con respecto a Dios; son la apostasía, el espiritismo, el amor libre. El amor libre, al que tienden esas enseñanzas, estaba tan bien disimulado que era difícil, al principio, darse cuenta de su verdadero carácter. Hasta que el Señor me hubo presentado el asunto, no sabía cómo llamarlo, pero he recibido la orden de llamarlo amor espiritual impío.–*Testimonios*, t. 8, p. 307.

Como en los días de los apóstoles, los hombres intentan, por medio de tradiciones y filosofías, destruir la fe en las Escrituras. Así hoy, por los complacientes conceptos de la “alta crítica”, la evolución, el espiritismo, la teosofía y el panteísmo, el enemigo de la justicia está procurando llevar a las almas por caminos prohibidos. [...] Por el espiritismo, multitudes son inducidas a pensar que el deseo es la mayor ley, que la licencia es libertad y que el hombre es responsable únicamente de sí mismo y ante sí mismo.–*Los hechos de los apóstoles*, p. 391.

Conducta irracional

La santificación no es un vuelo feliz de los sentimientos. Tampoco es la obra de un instante, sino de toda una vida. Si alguien pretende que el Señor lo santificó, la prueba de esta aserción deberá estar en los frutos que esa experiencia produce: humildad, paciencia, resignación, veracidad y amor.

Si la bendición que recibieron los que dicen que son santos los lleva a confiar en una determinada emoción y afirman que no es necesario investigar las Escrituras para conocer la verdad revelada de Dios, entonces la supuesta bendición es una impostura, porque lleva al que tiene este espíritu a darle valor a sus propias fantasías y ambiciones no santificadas, y a cerrar los oídos a la voz de Dios que está en su Palabra. [...]

La excitación nerviosa en asuntos de religión no es evidencia de que el Espíritu de Dios está obrando en el corazón. Leemos acerca de contorsiones frenéticas del cuerpo, de chillidos y gritos en la obra de Satanás sobre las mentes y los cuerpos de los hombres; pero la Palabra de Dios no nos presenta ningún ejemplo de manifestaciones semejantes en relación con aquellos sobre los que él derrama su Espíritu. Es claro que las fantasías destempladas, las explosiones salvajes, los ejercicios corporales de contorsión constituyen la obra del enemigo.

Sin embargo muchos piensan que el desorden de la mente, que se intensifica por el poder de Satanás, es una garantía de que Dios está haciendo que estas almas engañadas actúen de una manera tan desordenada. Todo el espíritu y el tono de la Biblia condenan a los hombres que actúan sin razón e inteligencia. Cuando el Espíritu de Dios conmueve el corazón, hace que el hijo de Dios actúe de una manera que recomiende la religión al buen juicio de los hombres y mujeres de mente equilibrada.–*Signs of the Times*, 28 de febrero de 1895.

Pretensión

Dijo Cristo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”.

Estos pueden ser aparentes seguidores de Cristo; pero han perdido de vista a su Guía. Pueden decir: “Señor, Señor”; pueden señalar a los enfermos que han curado y otras obras maravillosas, y pretender que tienen más del Espíritu y poder de Dios que el que es manifestado por los que guardan su Ley; pero sus obras son hechas bajo la supervisión del enemigo de la justicia, cuyo propósito es engañar a las almas, y tienen el propósito de apartar de la obediencia, la verdad y el deber.

En el futuro cercano habrá aún más marcadas manifestaciones de este poder que obra milagros, pues de él se dice: “Hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres”.

Nos sorprendemos de que haya tantos que están dispuestos a aceptar estas grandes pretensiones como la obra genuina del Espíritu de Dios; pero los que solamente miran las obras maravillosas, y son guiados por el impulso y las impresiones, serán engañados. [...]

Pretensiones de santidad

Nadie que pretenda santidad es realmente santo. Los que son registrados como santos en los libros del cielo no son conscientes de este hecho, y son los últimos en jactarse de su propia bondad. Ninguno de los profetas y apóstoles jamás profesó santidad, ni aun Daniel, Pablo o Juan. Los justos nunca tienen semejante pretensión.

Cuanto más se parezcan a Cristo, más lamentarán su desemejanza con él; porque sus conciencias son sensitivas, y consideran el pecado más como Dios lo mira. Tienen puntos de vista

exaltados de Dios y del gran plan de salvación; y sus corazones, humillados bajo un sentido de su propia falta de mérito, son sensibles al honor de ser contados como miembros de la familia real, hijos e hijas del Rey eterno.

Los que aman la Ley de Dios no pueden armonizar en la adoración o en el espíritu con los transgresores decididos de esa ley, que se llenan de amargura y malicia cuando se enseñan las verdades sencillamente reveladas de la Biblia. Tenemos un detector que discrimina entre lo verdadero y lo falso. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”.–*Signs of the Times*, 26 de febrero de 1885.

¿En la voz de quién puedo confiar?

Necesitamos estar anclados en Cristo, arraigados y fundados en la fe. Satanás obra mediante sus instrumentos. Elige a los que no han estado bebiendo de las aguas vivas, cuyas almas están sedientas de algo nuevo y original, y que siempre están listos para beber de cualquier fuente que se les ofrezca. Se oirán voces que digan: “Mirad, aquí está el Cristo”, o “Mirad, allí está”; pero no debemos creerlas. Tenemos evidencias innegables de la voz del Pastor verdadero, y él nos está llamando para que le sigamos. Nos dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. Conduce a sus ovejas por la senda de la obediencia humilde a la Ley de Dios, pero nunca las insta a transgredirla.

“La voz de un extraño” es la voz del que no respeta ni obedece la Ley de Dios santa, justa y buena. Muchos tienen gran pretensión de santidad, y se jactan de las maravillas que realizan sanando a los enfermos, pero al mismo tiempo no toman en consideración esta gran norma de la justicia. Pero ¿mediante el poder de quién se realizan esas curaciones? ¿Están los ojos de unos y otros abiertos a su transgresión de la Ley? Y ¿asumen la posición de hijos humildes, obedientes, y listos a obedecer todos los requerimientos de Dios? [...]

Nadie necesita ser engañado. La Ley de Dios es tan sagrada como su trono, y mediante ella será juzgado todo hombre que nace en el mundo. No existe otra norma para probar el carácter. “Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. Ahora bien, ¿se decidirá el caso de acuerdo con la Palabra de Dios o se dará crédito a las pretensiones humanas? Cristo dice: “Por sus frutos los conoceréis”. –*Testimonios selectos*, t. 2, pp. 57, 58.

---

2 Se hace referencia aquí al movimiento de la “carne santa” de 1900-1901. Véase *Mensajes Selectos*, tomo 2, páginas 35 al 45.–*Fideicomisarios del Patrimonio White.*

3 La fuente de la morfina es el opio. La heroína es un derivado muy activo de la morfina.

Capítulo 8

Sigue siendo una lucha

Lo que hizo el pecado

Necesitamos entender, más claramente de lo que solemos, las contingencias del gran conflicto en el que estamos empeñados. Necesitamos entender más plenamente el valor de las verdades de la Palabra de Dios y el peligro de consentir que el gran engañador aparte de ellas nuestra mente.

El valor infinito del sacrificio requerido para nuestra redención pone de manifiesto que el pecado es un tremendo mal, que ha descompuesto todo el organismo humano, pervertido la mente y corrompido la imaginación. El pecado ha degradado las facultades del alma. Las tentaciones del exterior hallan eco en el corazón, y los pies se dirigen imperceptiblemente hacia el mal.

Así como el sacrificio en beneficio de nosotros fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La Ley de Dios no disculpará ningún acto de maldad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino. [...]

Se necesita perseverancia

Los agravios no pueden repararse, ni tampoco pueden realizarse reformas en la conducta mediante unos pocos esfuerzos débiles e intermitentes. La formación del carácter es tarea, no de un día ni de un año, sino de toda la vida. La batalla para conquistar el yo, para lograr la santidad y el cielo, es una lucha de toda la vida. Sin continuo esfuerzo y constante actividad no puede haber adelanto en la vida divina ni puede obtenerse la corona de victoria.

La prueba más evidente de la caída del hombre desde un estado superior es el hecho de que cuesta tanto volver a él. El camino de regreso se puede recorrer solo mediante rudo batallar, hora tras hora y centímetro a centímetro. En un momento, por una acción precipitada o por descuido, podemos ponernos bajo el poder del mal; pero se necesita más de un momento para romper los grillos y alcanzar una vida más santa. Bien puede formarse el propósito y empezar a realizarlo; pero su cumplimiento cabal requiere trabajo, tiempo, perseverancia, paciencia y sacrificio.

No debemos obrar impulsivamente. No podemos descuidarnos un solo momento. Asaltados por tentaciones sin cuento, debemos resistir con firmeza o ser vencidos. Si llegamos al fin de la vida sin haber concluido nuestra obra, la pérdida será eterna.

La vida del apóstol Pablo fue un constante conflicto consigo mismo. Dijo: “Cada día muero” (1 Cor. 15:31). Su voluntad y sus deseos estaban en conflicto diario con su deber y con la voluntad de Dios. En vez de seguir su inclinación, hizo la voluntad de Dios por mucho que tuviera que crucificar su naturaleza.

Al terminar su vida de conflicto, al mirar hacia atrás y ver sus combates y triunfos, pudo decir: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día” (2 Tim. 4:7, 8).

La vida cristiana es una batalla y una marcha. En esta guerra no hay descanso; el esfuerzo ha de ser continuo y perseverante. Solamente mediante un esfuerzo incansable podemos asegurarnos la victoria sobre las tentaciones de Satanás. Debemos procurar la integridad cristiana con energía irresistible, y conservarla con propósito firme y resuelto.

Nadie llegará a las alturas sin esfuerzo firme y perseverante en su propio beneficio. Todos deben empeñarse por sí mismos en esta guerra; nadie puede pelear mis batallas. [...]

Hay una ciencia para ello

Hay una ciencia del cristianismo que debe ser conocida a fondo, y que es tanto más profunda, amplia y alta que cualquier ciencia humana, como son más altos los cielos que la tierra. La mente debe ser disciplinada, educada y formada, pues hemos de servir a Dios de un modo que no congenia con nuestras inclinaciones naturales. Debemos vencer las tendencias al mal que hemos heredado y cultivado. Muchas veces, hay que prescindir por completo de la educación y la preparación de toda una vida para poder ser aprendices en la escuela de Cristo. Nuestro corazón debe recibir educación para llegar a ser firme en Dios. Debemos contraer hábitos de pensamiento que nos capaciten para resistir la tentación. Debemos aprender a mirar hacia arriba. Debemos entender, en todo lo que atañe a nuestra vida diaria, los principios de la Palabra de Dios; principios que son tan elevados como el cielo y tan abarcadores como la eternidad. Cada acto, cada palabra y cada pensamiento debe concordar con esos principios. Todos deben ser puestos en armonía con Cristo y en sujeción a él.

Las preciosas gracias del Espíritu Santo no se desarrollan en un momento. El valor, la fortaleza, la mansedumbre, la fe y la confianza inquebrantable en el poder de Dios para salvar se adquieren por medio de la experiencia de años. Los hijos de Dios han de sellar su destino mediante una vida de santo esfuerzo y de firme adhesión a lo recto.

No hay tiempo que perder

No tenemos tiempo que perder. No sabemos cuándo ha de terminar nuestro tiempo de prueba. A lo sumo, no podemos contar sino con una vida breve, y no sabemos cuándo la saeta de la muerte atravesará nuestro corazón. Tampoco sabemos cuándo tendremos que desprendernos del mundo y de todos sus intereses. La eternidad se extiende ante nosotros. El velo está a punto de descorrerse. Unos pocos años más, y para cada uno de los que ahora se cuentan entre los vivos se dará el mandato:

“El que es injusto, sea injusto todavía... y el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía” (Apoc. 22:11).

¿Estamos preparados? ¿Conocemos a Dios, el Gobernador de los cielos, el Legislador; y a Jesucristo, a quien envió al mundo como representante suyo? Cuando la obra de nuestra vida haya terminado, ¿podremos decir, como dijo Cristo, nuestro ejemplo: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera... he manifestado tu nombre” (Juan 17:4-6)?

Los ángeles de Dios procuran desprendernos de nosotros mismos y de las cosas de la tierra. No permitamos que trabajen en vano.

Las mentes entregadas a pensamientos licenciosos necesitan cambiar. “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado. Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: ‘Sed santos, porque yo soy santo’ ” (1 Ped. 1:13-16).

Los pensamientos deben concentrarse en Dios. Debemos dedicar nuestro esfuerzo más enérgico a dominar las malas tendencias del corazón natural. Nuestros esfuerzos, nuestra abnegación y nuestra perseverancia deben ser proporcionales al valor infinito del objetivo que perseguimos. Solo venciendo como Cristo venció podremos ganar la corona de vida.

Dependencia constante

El gran peligro del hombre consiste en engañarse a sí mismo, en creerse suficiente de por sí y en apartarse de Dios, la fuente de su fuerza. Nuestras tendencias naturales, si no las corrige el Espíritu Santo de Dios, encierran en sí la semilla de la muerte moral. A no ser que nos conectemos vitalmente con Dios, no podremos resistir

los impíos efectos de la concupiscencia, del amor egoísta y de la tentación a pecar.

Para recibir ayuda de Cristo debemos darnos cuenta de nuestra necesidad. Debemos tener un conocimiento verdadero de nosotros mismos. Solo quien se reconoce pecador puede ser salvado por Cristo. Solo cuando vemos nuestro desamparo absoluto y no confiamos ya en nosotros mismos, podemos asirnos del poder divino.

No es tan solo al principio de la vida cristiana cuando debe hacerse esta renuncia a sí mismo. Hay que renovarla a cada paso que damos hacia el cielo. Todas nuestras buenas obras dependen de un poder externo a nosotros; por tanto, se necesita una continua aspiración del corazón a Dios, una constante y fervorosa confesión del pecado y humillación del alma ante Dios. Nos rodean peligros, y no nos hallamos seguros sino cuando sentimos nuestra debilidad y nos aferramos con fe a nuestro poderoso Libertador.

La verdad o cosas triviales

Debemos apartarnos de un sinnúmero de temas que llaman nuestra atención. Hay asuntos que consumen tiempo y despiertan deseos de saber, pero que acaban en la nada. Los más altos intereses requieren la estricta atención y energía que suelen dedicarse tantas veces a cosas relativamente insignificantes.

De por sí, el aceptar nuevas teorías no infunde nueva vida al alma. Aun el conocimiento de hechos y teorías importantes en sí mismos resulta de escaso valor si no lo practicamos. Necesitamos sentir la responsabilidad de dar a nuestra alma el alimento que nutra y estimule la vida espiritual. [...]

La pregunta que debemos estudiar es: “¿Qué es la verdad; la verdad que hemos de estimar, amar, honrar y obedecer?” Los partidarios ardientes de la ciencia han quedado derrotados y descorazonados en sus esfuerzos por descubrir a Dios. Lo que

necesitan investigar hoy día es: “¿Cuál es la verdad que nos capacitará para salvar nuestra alma?”

¿Tengo la respuesta?

“¿Qué piensas de Cristo?” es la pregunta de importancia suprema. ¿Recibes a Cristo como Salvador personal? A todos los que lo reciben les da facultad de ser hechos hijos de Dios.

Cristo reveló a Dios a sus discípulos de un modo que realizó en sus corazones una obra especial, tal como desea hacerla en nuestro corazón. Son muchos los que, espaciándose en teorías, han perdido de vista el poder viviente del ejemplo del Salvador. Han perdido de vista a Cristo como el que obra humilde y abnegadamente. Necesitan contemplar a Jesús. Día tras día necesitamos una nueva revelación de su presencia. Necesitamos seguir más de cerca su ejemplo de desprendimiento y sacrificio abnegado.

Necesitamos la experiencia que tenía San Pablo cuando escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20).

El conocimiento de Dios y de Jesucristo, expresado en el carácter, es una exaltación que supera cualquier otra cosa que se estime en el cielo o en la tierra. Es la educación suprema. Es la llave que abre los pórticos de la ciudad celestial. El propósito de Dios es que este conocimiento lo posean todos los que se revisten de Cristo.–*El ministerio de curación*, pp. 357-363.

Capítulo 9

Cómo salvaguardar la nueva experiencia

La contienda que sigue al reavivamiento[4]

Después del derramamiento del Espíritu de Dios en Battle Creek, quedó demostrado en el colegio que una ocasión de gran luz espiritual es también una ocasión de tinieblas espirituales equivalentes. Satanás y sus legiones de instrumentos diabólicos están en el campo de batalla acosando con su poderío a todas las almas para dejar sin efecto las lluvias de gracia que han descendido del Cielo con el fin de reavivar y despertar las dormidas energías, para ponerlas decididamente en acción a fin de impartir lo que Dios ha impartido. Si todas las muchas almas que entonces fueron iluminadas habría ido inmediatamente a trabajar para impartir a otros lo que Dios les había dado precisamente con aquel propósito, más luz hubiera sido dada, y se habría conferido más poder. Dios no le da luz meramente a una persona sino para que ella pueda difundir la luz y para que sea glorificado Dios. Su influencia se siente.

En todos los siglos, las ocasiones de reavivamiento espiritual y de derramamiento del Espíritu Santo han sido seguidas por las tinieblas espirituales y la corrupción prevaleciente. Tomando en cuenta lo que Dios ha hecho en forma de oportunidades, privilegios y bendiciones en Battle Creek, la iglesia no ha hecho un honroso progreso al efectuar su obra, y la bendición de Dios no descansará sobre la iglesia dándole más luz todavía hasta que se use la luz como Dios lo ha indicado en su Palabra. La luz que brillaría con claros y nítidos rayos, se opacará en medio de las tinieblas morales. El poder agresivo de la verdad de Dios depende de la cooperación del agente humano con Dios, en piedad, en celo, en esfuerzos desinteresados para llevar la verdad de Dios ante otros.–*Manuscrito* 45, 1893.

El peligro de confundir la obra del Espíritu con el fanatismo

Se me han escrito cosas en cuanto a la acción del Espíritu de Dios en el último congreso [1893] y en el colegio, que indican claramente que, debido a que no se vivió de acuerdo con esas bendiciones, algunas mentes se han confundido y lo que fue luz del cielo ha recibido el nombre de excitación. Me ha entristecido que esto se vea de esta forma. Debemos ser muy cuidadosos para no contristar al Espíritu Santo de Dios declarando que la ministración de su Espíritu Santo es una especie de fanatismo. ¿Cómo entenderemos la acción del Espíritu de Dios si ella no es revelada en forma clara e inequívoca, no solo en Battle Creek sino en muchos lugares?

No me sorprende que alguno se confundiera con el resultado posterior. Pero en mi experiencia de los últimos 49 años, he visto muchas de estas cosas, y he sabido que Dios ha obrado de una forma notable; y nadie se atreva a decir que no es el Espíritu de Dios. Estamos autorizados para creer precisamente en eso y para pedirlo en oración, pues Dios está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que lo piden, que los padres lo están a dar buenas dádivas a sus hijos. Pero el Espíritu Santo no está para que lo use el agente humano. Está para obrar con el agente humano y para usarlo. No tengo duda de que Dios bendijo abundantemente a los alumnos del colegio y a la iglesia. Pero un período de gran luz y de derramamiento del Espíritu es seguido, con mucha frecuencia, por un tiempo de gran oscuridad. ¿Por qué? Porque el enemigo obra con todas sus energías engañosas para que pierdan su efecto las profundas motivaciones del Espíritu de Dios en el ser humano.

Cuando los alumnos del colegio se entregaron a sus juegos de competencia y al fútbol, cuando se dejaron absorber por las diversiones, Satanás vio propicia la oportunidad para introducirse y dejar sin efecto al Espíritu Santo de Dios, que quiere modelar y usar a los seres humanos. Si, con independencia moral, todos los profesores sin excepción hubiesen cumplido con su deber, si hubiesen comprendido su responsabilidad, si hubieran permanecido

íntegros delante de Dios, si hubieran usado la capacidad que Dios les había dado de acuerdo con la santificación del espíritu mediante el amor a la verdad, habrían tenido vigor espiritual y luz divina para avanzar más y más y subir por la escalera del progreso que se extiende en dirección al cielo. Es evidente que no apreciaron la luz, no caminaron en ella ni siguieron a la Luz del mundo.

Es fácil alejar la influencia del Espíritu Santo mediante la pereza, la conversación y el juego. Caminar en la luz significa mantenerse avanzando en la dirección de la luz. Si uno que fue bendecido se vuelve descuidado y desatento, y no vela en oración, si no exalta la cruz y lleva el yugo de Cristo, si su amor por las diversiones y su lucha por la supremacía absorben sus facultades o capacidades, entonces Dios no es lo primero, lo mejor y lo último en todas las cosas y Satanás se presenta para desempeñar su papel en el juego de la vida por el alma humana. Satanás puede desempeñar su papel mucho más decididamente que ellos, y puede urdir profundas estratagemas para la ruina del alma. [...]

Los resultados posteriores a la acción del Espíritu de Dios en Battle Creek no se deben al fanatismo, sino a que los que recibieron las bendiciones no expresaron las alabanzas de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Y cuando la tierra sea iluminada con la gloria de Dios, algunos no sabrán lo que es ni de dónde vino, porque aplicaron mal y tergiversaron el Espíritu que fue derramado sobre ellos. Dios es un Dios celoso de su gloria. No honrará a los que lo deshonran. Algunas personas que viven en la luz debieran haber instruido a esas almas inexpertas en la experiencia de caminar en la luz después de haber recibido la luz. Ojalá tuviera tiempo para escribir más ampliamente, pero temo no tenerlo.–*Carta* 58, 1893.

Formas fáciles de perder las bendiciones

Últimamente, algunas cosas han sido presentadas en mi mente con mucho vigor y me siento constreñida por el Espíritu de Dios a escribir acerca de ellas.[5] ¿Le ha abierto el Señor bondadosamente

las ventanas del cielo y ha derramado sobre usted una bendición? ¡Oh! Entonces, ésa era precisamente la ocasión para instruir a los profesores y alumnos en cuanto a la forma de retener el precioso don de Dios procediendo de acuerdo con una luz mayor y enviando a otros sus preciosos rayos. ¿Se ha dado luz del Cielo? Y ¿con qué propósito ha sido dada? Para que brille la luz en forma de obras prácticas de justicia. Cuando, en los que han sido así abundantemente bendecidos, se vea una piedad más profunda y más ferviente, cuando comprendan que han sido comprados a costa de la preciosa sangre del Cordero de Dios y que están revestidos con la vestimenta de la salvación de Cristo, ¿no lo representarán a él?

Los juegos de competencia, los premios y el uso de guantes de box, ¿no han estado enseñando y preparando, bajo la dirección de Satanás, para llevarlos [a los que participaban en ellos] a la posesión de las características satánicas? Qué sucedería si pudieran ver a Jesús, el Hombre del Calvario, contemplándolos adolorido, como fue presentado ante mí. Ciertamente, las cosas están recibiendo un molde equivocado y están contrarrestando la obra del poder divino que ha sido prodigado tan generosamente. La obra de cada verdadero cristiano es la de representar a Cristo, la de reflejar la luz, elevar las normas de moral y, mediante palabras e influencia consagradas a Dios, instar a los descuidados y atolondrados a pensar en Dios y en la eternidad. El mundo dejaría gozosamente la eternidad fuera de su cómputo, pero no podrán tener éxito mientras estén los que representan a Cristo en su vida práctica.

Cada creyente constituye un eslabón en la áurea cadena que conecta el alma con Jesucristo, y es el canal de comunicación de aquella luz para los que están en tinieblas. Si pierde uno su relación con Cristo, Satanás aprovecha la oportunidad para inducirlo a deshonrar a Cristo mediante palabras, espíritu y hechos, y así es mal interpretado el carácter de Cristo. Le pregunto, mi hermano, si la religión de Jesucristo no es mal interpretada por el exceso de diversiones. Cuando el Señor dio a Battle Creek las riquezas de su

gracia, los que estaban en puestos de responsabilidad ¿pudieron haber dirigido a esas almas en la forma de utilizar los dones dados para efectuar un trabajo bueno y provechoso, trabajo que hubiera sido una variación respecto a los estudios, sin recurrir a la excitación y las emociones provocadas por los juegos? Esa forma de pasatiempo no beneficia la mente, el espíritu ni las costumbres a fin de prepararse para las escenas de juicio en que debemos entrar pronto. La piedad superficial que pasa por religión será consumida cuando sea probada en el horno.

El Señor quiere que los docentes consideren que su ejemplo es contagioso. Necesitan orar mucho más, y considerar que las convicciones que emanan de una vida bien ordenada y una conversación piadosa, de un cristianismo decidido y viviente, son la preparación del huerto del corazón para las semillas de la verdad que se han de plantar para una cosecha fructífera y para el Sol de Justicia cuando venga trayendo salud en sus rayos. Brille de tal modo su justicia delante de los hombres, “que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat. 5:16). “Vosotros sois –dijo Cristo a sus discípulos–, la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Mat. 5:13). La iglesia ilumina al mundo, no por su profesión de piedad, sino por la manifestación del poder de la verdad que transforma y santifica la vida y el carácter. [...]

Ciertamente, el tiempo está demasiado lleno de señales del conflicto venidero para que eduquemos a la juventud en diversiones y juegos.–*Carta* 46, 1893.

El peligro de que la luz se convierta en tinieblas

El Señor ha condescendido en daros un derramamiento de su Santo Espíritu. En el congreso y en nuestras diversas instituciones, una gran bendición ha sido derramada con abundancia sobre vosotros. Habéis sido visitados por los mensajeros celestiales de luz, verdad y poder, y no debiera pensarse que es extraño que Dios

os bendiga así. ¿Cómo hace Cristo para que su pueblo le sea sumiso? Mediante el poder de su Espíritu Santo, pues el Espíritu Santo, por medio de las Escrituras, habla a la mente e impresiona la verdad en el corazón de los hombres. Antes de su crucifixión, Cristo prometió que el Consolador sería enviado a sus discípulos. Dijo: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio... Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:7, 8, 13, 14).

Esta promesa de Cristo ha sido tomada con mucha liviandad y, debido a una escasez del Espíritu de Dios, no se han comprendido la espiritualidad de la Ley ni su eterna obligación. Los que han profesado amar a Cristo no han comprendido la relación que existe entre ellos y Dios, y todavía apenas si la comprenden oscuramente. Tan solo vagamente comprenden la maravillosa gracia de Dios al dar a su unigénito Hijo para la salvación del mundo. No comprenden cuán abarcadores son los requerimientos de la santa Ley, cuán íntimamente se han de aplicar en la vida práctica los preceptos de la Ley. No comprenden cuán grandes privilegios y necesidades son la oración, el arrepentimiento y el cumplir las órdenes de Cristo. La misión del Espíritu Santo es revelar a la mente el carácter de la consagración que acepta Dios. Mediante el Espíritu Santo, el alma es iluminada y el carácter se renueva, santifica y exalta.

Mediante la actuación profunda del Espíritu de Dios, se me ha presentado el carácter de la obra de la visitación del Espíritu de Dios. Se me ha presentado el peligro en que serían colocadas las almas que hubieran sido así visitadas, porque después tendrían que hacer frente a ataques más decididos del enemigo, que las asediaría con sus tentaciones para dejar sin efecto la obra del Espíritu de Dios y hacer que esas trascendentales verdades, presentadas y atestiguadas por el Espíritu Santo, no purifiquen ni

santifiquen a los que hubieran recibido la luz del Cielo, y así la causa de Cristo no sería glorificada en ellos.

El período de una gran luz espiritual, si esa luz no es sagradamente apreciada ni se actúa conforme a ella, se convertirá en un período de oscuridad espiritual equivalente. Si los hombres no aprecian la sagrada impresión hecha por el Espíritu de Dios y no se sitúan en terreno santo, esa impresión se esfumará de su mente. Los que deseen avanzar en conocimiento espiritual, deben estar cerca de la misma fuente de Dios, y deben beber, vez tras vez, de los manantiales de salvación tan benignamente abiertos ante ellos. Nunca deben abandonar la fuente de refrigerio sino que, con corazón henchido de gratitud y amor ante el despliegue de la bondad y compasión de Dios, deben participar continuamente del agua viviente.

Oh, cuánto significa esto para cada alma: “Yo soy la luz del mundo”; “yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre [pues no hay nada que sea más satisfactorio]; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Juan 8:12; 6:35). Alcanzar esta condición significa que habéis encontrado la Fuente de luz y amor, y habéis aprendido dónde y cómo podéis ser nuevamente henchidos, y cómo podéis emplear las promesas de Dios aplicándolas continuamente a vuestra alma.

“Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis” (Juan 6:36). Esto se ha cumplido literalmente en el caso de muchos, pues el Señor les dio un discernimiento más profundo de la verdad, de su carácter de misericordia, compasión y amor, y sin embargo, después de haber sido así instruidos, se han alejado de Dios en incredulidad. Vieron los profundos efectos del Espíritu de Dios. Pero cuando se presentaron las insidiosas tentaciones de Satanás, como siempre vendrán después de que ha habido un período de reavivamiento, no resistieron hasta la sangre luchando contra el pecado. Y fueron vencidos por el enemigo los que podrían haberse mantenido en terreno ventajoso si hubieran usado correctamente la preciosa instrucción que tenían. La luz que Dios les dio debieran haberla

reflejado en el alma de otros. Debieran haber trabajado y procedido en armonía con las sagradas revelaciones del Espíritu Santo; y al no hacerlo, sufrieron una pérdida.

La victoria espiritual perdida por la pasión por los juegos

Se consentía el espíritu de diversión y chacota entre los estudiantes. Llegaron a interesarse tanto en sus juegos, que no hubo lugar para el Señor en su mente, y Jesús estuvo entre ellos en el campo de juego diciendo: Oh, si tan solo hubieras sabido “a lo menos en éste tu día, lo que es para tu paz” (Luc. 19:42). “Aunque me habéis visto, no creéis” (Juan 6:36). Sí, Cristo se reveló a vosotros y se efectuaron profundas impresiones cuando el Espíritu Santo influyó sobre vuestros corazones. Pero seguisteis una conducta por la cual perdisteis esas sagradas impresiones y fracasasteis en mantener la victoria. “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37). Comenzasteis a acercaros a Cristo, pero no permanecisteis en él. Renunciasteis a él, y se perdió de vuestro corazón la comprensión que habíais tenido de los grandes favores y bendiciones que os había dado. La cuestión de las diversiones ocupó un lugar tan grande en vuestra mente que, después de la solemne visitación del Espíritu de Dios, comenzasteis a discutirlas [las diversiones] con tanto celo, que se quebrantaron todas las barreras y, debido a vuestra pasión por los juegos, descuidasteis prestar atención a la palabra de Cristo: “Velad y orad, para que no entréis en tentación” (Mar. 14:38). El lugar que debiera haber sido ocupado por Jesús fue usurpado por vuestra pasión por los juegos. Elegisteis vuestras diversiones en vez del consuelo del Espíritu Santo. No seguisteis el ejemplo de Jesús, que dijo: “He descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38).

Las mentes de muchos quedaron tan confundidas con sus propias inclinaciones y deseos humanos, y han estado tan hechos al hábito de complacerlos, que no pueden comprender el verdadero sentido de las Escrituras. Muchos suponen que, al seguir a Cristo, estarán

obligados a ser melancólicos y tristes porque se les requiere que se nieguen a sí mismos los placeres y locuras en los que se complace el mundo. El cristiano viviente estará lleno de alegría y paz, porque vive como viendo al Invisible, y los que buscan a Cristo en su verdadero carácter tienen en su interior los elementos de vida eterna porque son participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo debido a la concupiscencia. Jesús dijo: “Esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:39, 40).

Los hijos de Dios son colaboradores con Dios

Toda vida espiritual se deriva de Jesucristo. “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Pero ¿cuál es el resultado seguro de llegar a ser hijo de Dios? El resultado es que llegamos a ser colaboradores con Dios. Hay una gran obra que hacer para la salvación de vuestra propia alma, y para haceros idóneos para ganar a otros de la incredulidad a una vida sustentada por la fe en Cristo Jesús. “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí [¿Con una fe ocasional? No, con una fe permanente que obra por el amor y purifica el alma], tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida... Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo... Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero... El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (Juan 6:47, 48, 51, 53, 54, 63-65).

Cuando Jesús pronunció estas palabras, las dijo con autoridad, seguridad y poder. A veces, se manifestó a sí mismo en tal forma que la acción profunda de su Espíritu fue comprendida claramente. Pero muchos que vieron, oyeron y participaron en las bendiciones de aquella hora se alejaron, y pronto olvidaron la luz que les había dado.

Los tesoros de la eternidad han sido confiados a la custodia de Jesucristo para darlos a quien le plazca. Pero cuán triste es que tantos, rápidamente, pierden de vista la preciosa gracia que les es ofrecida por fe en Cristo. Él impartirá los tesoros celestiales a los que creen en él, acuden a él y moran en él. No tuvo por usurpación ser igual a Dios y no conoce ninguna restricción ni obstáculo para deparar los tesoros celestiales a los que él quiera. No exalta ni honra a los grandes del mundo, que son lisonjeados y aplaudidos. Pero exhorta a su pueblo escogido y peculiar, que le ama y le sirve, para que vaya a él y pida, y le dará el pan de vida y lo dotará con el agua de la vida, que estará en su medio como un manantial que brotará para vida eterna.

Jesús trajo a nuestro mundo los tesoros acumulados de Dios, y todos los que creen en él son adoptados como sus herederos. Declara que será grande la recompensa de aquellos que sufren por su nombre. Está escrito: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor. 2:9).–*The Review and Herald*, 30 de enero de 1894.

¿Fue apreciada la bendición?

A fin de aumentar nuestras dotes espirituales, es necesario caminar en la luz. En vista del acontecimiento de la pronta venida de Cristo, debemos trabajar con vigilancia para preparar nuestras propias almas, para mantener nuestras lámparas bien acondicionadas y brillando, y para presentar a otros la necesidad de prepararse para la venida del Esposo. Velar y actuar deben ir juntos.

La fe y las obras deben estar unidas, o nuestro carácter no será simétrico y bien equilibrado, perfecto en Cristo Jesús.

Si dedicáramos nuestras vidas exclusivamente a meditar con oración, nuestras luces se opacarían, pues la luz nos es dada para que podamos impartirla a otros y, mientras más impartamos la luz, más brillante llegará a ser nuestra propia luz. Si hay una cosa en el mundo en que debamos manifestar entusiasmo, que se manifieste en buscar la salvación de las almas por quienes murió Cristo. Una obra de esta clase no nos hará descuidar la devoción privada. Se nos da la exhortación de ser "no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor" (Rom. 12:11).

Que vuestro ojo sea sincero para la gloria de Dios significa tener sinceridad de propósito, manifestar la obra que se ha efectuado en vuestro corazón, que somete vuestra voluntad a la voluntad de Dios y lleva en cautividad todo pensamiento a la gloria de Dios. El mundo os ha estado contemplando para ver cuál sería el resultado de la obra de reavivamiento que hubo en el colegio, el sanatorio, la oficina de publicaciones y entre los miembros de la Iglesia de Battle Creek. ¿Qué testimonio habéis dado en vuestra vida diaria y vuestro carácter?

Dios esperaba que hicierais todo lo posible, no para complaceros, divertiros y glorificaros, sino para honrar a Dios en todos vuestros caminos, respondiéndole de acuerdo con la luz y los privilegios que os había dado por medio del don de su gracia. Esperaba que testificarais delante de los seres celestiales y que fuerais testigos vivientes, ante el mundo, del poder de la gracia de Cristo. El Señor os probó para ver si trataríais su rica bendición como algo barato y sin importancia, o si la consideraríais como un rico tesoro que debe ser manejado con temor reverente. Si todos hubieran tratado el don de Dios de esa manera –pues la obra fue de Dios–, entonces, de acuerdo con la medida de la responsabilidad de cada uno, hubiera sido duplicada la gracia dada, como lo fueron los talentos de aquel que comerció diligentemente con el dinero de su señor.

Una bendición convertida en maldición

Dios ha estado probando la fidelidad de su pueblo, poniéndolo a prueba para ver qué uso daría a la preciosa bendición que le fue confiada. Esa bendición provino de nuestro Intercesor y Abogado en las cortes celestiales, pero Satanás estuvo listo para aprovecharse de cualquier oportunidad que se le presentara, a fin de convertir la luz y bendición en tinieblas y maldición.

¿Cómo puede convertirse la bendición en maldición? Persuadiendo al instrumento humano a que no aprecie la luz, ni revele al mundo que ha sido efectiva en transformar el carácter. Imbuido por el Espíritu Santo, el instrumento humano se consagra para cooperar con los instrumentos divinos. Lleva el yugo de Cristo, levanta sus cargas y trabaja en armonía con Cristo para ganar preciosas victorias. Camina en la luz como Cristo está en la luz. Para él se cumple el texto: “Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor. 3:18).

Otro año ya ha pasado a la eternidad con su peso de registro, y la luz del cielo que brilló sobre vosotros fue para prepararos, a fin de que os levantéis y brilléis, para que exhibáis las alabanzas de Dios al mundo, como su pueblo observador de sus mandamientos. Habíais de ser un testimonio viviente. Pero si no hay un esfuerzo especial de un elevado y santo carácter que dé testimonio delante del mundo; si no se ha hecho un esfuerzo mayor que el que se ve en las iglesias populares de la actualidad, entonces no ha sido honrado el nombre de Dios y su verdad no ha sido magnificada delante del mundo, al presentar las credenciales divinas en el pueblo que ha recibido gran luz. Si ese pueblo no ha tenido mayor aprecio de las manifestaciones del poder de Dios que comer y beber y levantarse para jugar, como lo hizo el antiguo Israel, entonces, ¿cómo puede confiar el Señor a su pueblo ricas y benignas revelaciones? Si los que componen ese pueblo proceden directamente en contra de la voluntad conocida de Dios, y lo hacen

en casi cada asunto, y si caen en el descuido, la ligereza, el egoísmo, la ambición y el orgullo, y si corrompen sus caminos delante del Señor, ¿cómo puede darles otro derramamiento de su Espíritu Santo?

Dios tiene las más ricas bendiciones para los suyos, pero no puede prodigárselas hasta que sepan cómo tratar el precioso don manifestando las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Heb. 12:1, 2). Una parte del gozo que fue puesto delante de Cristo fue el gozo de ver su verdad, provista del poder omnipotente del Espíritu Santo, impresionando su imagen en la vida y el carácter de sus seguidores.

Las inteligencias divinas cooperan con los instrumentos humanos mientras éstos tratan de magnificar la Ley y hacerla honorable. La Ley del Señor es perfecta, que convierte el alma. Es en el alma convertida donde el mundo ve un testimonio viviente. Siendo esto así, ¿daremos lugar al Señor del cielo para que actúe? ¿Encontrará un lugar en el corazón de los que pretenden creer la verdad? Su pura y desinteresada benignidad ¿hallará una respuesta en el instrumento humano? ¿Verá el mundo un despliegue de la gloria de Cristo en los caracteres de los que profesan ser sus discípulos? ¿Será favorecido y glorificado Cristo al ver que su propia simpatía y amor se vierten en raudales de bondad y verdad mediante sus instrumentos humanos? Al implantar su Evangelio en el corazón, Dios está prodigando los recursos del Cielo para la bendición del mundo. “Nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios” (1 Cor. 3:9).

¿Qué ha hecho la rica bendición de Dios para los que fueron humildes y contritos de corazón para recibirla? ¿Ha sido apreciada

la bendición? Los que la recibieron, ¿han manifestado las alabanzas de Aquel que los ha sacado de las tinieblas a su luz admirable? Hay algunos que ya están poniendo en duda la obra que fue tan buena y que debiera haber sido apreciada al máximo. La están considerando como una especie de fanatismo.

Sed extremadamente cuidadosos

Sería sorprendente que no hubiera algunos que, por no tener una mente bien equilibrada, no hubieran hablado y procedido imprudentemente, porque cuandoquiera y doquiera obra el Señor dando una bendición genuina, también se revela una falsificación a fin de dejar sin efecto la verdadera obra de Dios. Por lo tanto, necesitamos ser extremadamente cuidadosos y caminar humildemente delante de Dios, a fin de que tengamos el colirio espiritual que nos permita distinguir la operación del Espíritu Santo de Dios de la operación de aquel espíritu que produciría licencia desenfrenada y fanatismo. “Por sus frutos los conoceréis” (Mat. 7:20). Los que realmente contemplan a Cristo, serán transformados a su imagen precisamente por el Espíritu del Señor y crecerán hasta la estatura plena de hombres y mujeres en Cristo Jesús. El Espíritu Santo de Dios inspirará a los hombres con amor y pureza, y en sus caracteres se manifestará refinamiento.

Pero porque algunos han malversado la rica bendición del Cielo, ¿negarán otros que Jesús, el Salvador del mundo, ha pasado por nuestras iglesias para bendecirlas? Que ninguna duda ni incredulidad pongan esto en tela de juicio, pues al hacerlo, os colocáis en terreno peligroso. Dios ha dado el Espíritu Santo a los que han abierto la puerta de su corazón para recibir el don celestial. Pero no se rindan ellos después a la tentación para creer que han sido engañados. No digan: “Porque siento que estoy en tinieblas, y estoy oprimido con la duda, y nunca vi el poder de Satanás tan manifiesto como ahora, por lo tanto estuve equivocado”. Os amonesto a que seáis cuidadosos. No sembréis una expresión de duda. Dios ha obrado en vosotros, poniendo doctrinas de sana verdad en verdadero contacto con el corazón. La bendición os fue

dada para que produjera frutos en forma de sanas prácticas y caracteres rectos.

El pecado de rechazar la evidencia

El pecado por el cual Cristo reprochó a Corazín y Betsaida fue el pecado de rechazar la evidencia que las habría convencido de la verdad si se hubieran rendido a su poder. El pecado de los escribas y fariseos fue el pecado de colocar, en las tinieblas de la incredulidad, la obra celestial que se había efectuado delante de ellos, de modo que fue puesta en duda la evidencia que debiera haberlos conducido a una fe arraigada, y las cosas sagradas que debieran haber sido apreciadas fueron consideradas como si no tuvieran valor. Temo que los nuestros hayan permitido que el enemigo proceda precisamente así, de modo que algunos hayan considerado como fanatismo el bien emanado de Dios, la rica bendición que él ha dado.

Si se continúa en esta actitud, entonces cuando el Señor deje brillar otra vez su luz sobre los nuestros, ellos se apartarán de la luz celestial diciendo: “Sentí lo mismo en 1893, y algunos en los cuales había confiado dijeron que la obra era fanatismo”. Los que han recibido la rica gracia de Dios y llegaron a la conclusión de que la operación del Espíritu Santo era fanatismo ¿no estarán listos para censurar la obra del Espíritu de Dios en lo futuro, y el corazón será así impermeabilizado contra las súplicas de la queda vocecilla? El amor de Jesús puede ser presentado a los que así se atrincheran contra él sin ejercer ningún poder constreñidor en ellos. Pueden ser prodigadas las riquezas de la gracia del Cielo y, sin embargo, ser rechazadas en vez de ser apreciadas y reconocidas con gratitud. Hubo hombres que creyeron de corazón para justicia, y por un tiempo se hicieron confesiones para salvación. Pero, es triste decirlo, los que las recibieron no cooperaron con las inteligencias celestiales ni apreciaron la luz realizando las obras de justicia.–*The Review and Herald*, 6 de febrero de 1894. [Extraído de *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 150-166.]

4 En 1893, hubo un notable reavivamiento en nuestras instituciones de nuestra sede de Battle Creek, con muchas evidencias de la obra del Espíritu de Dios. Muchas de las bendiciones se perdieron debido a acontecimientos que siguieron en rápida sucesión. En ese caso, y en el consejo dado en relación con él, se pueden hallar lecciones que son de valor en la actualidad.–*Los compiladores.*

5 Carta dirigida al presidente del Colegio de Battle Creek.

Capítulo 10

Llamados especiales en el ministerio público[6]

En Battle Creek, en los primeros días

Asistí a la reunión en la Iglesia de Battle Creek. Aproximadamente durante una hora, hablé con libertad a los hermanos acerca de que la caída de Adán trajo desgracia y muerte, y que Cristo trajo a la luz la vida y la inmortalidad mediante su humillación y muerte. Sentí que debía instar a la gente en cuanto a la necesidad de una entera consagración a Dios: la santificación del ser entero, alma, cuerpo y espíritu. Hablé de la muerte de Moisés y la visión que tuvo de la tierra prometida de Canaán. Hubo profundidad de sentimiento en la congregación... En la reunión esa noche, llamé al frente a los que tenían un deseo de ser cristianos. Se adelantaron trece. Todos dieron testimonio para el Señor. Fue una buena obra.–*Diario*, 12 de enero de 1868.

Obra ferviente en Tittabawassee, Michigan

Se celebraron reuniones todo el día. Mi esposo habló en la mañana; el Hno. Andrews, en la tarde. Seguí con observaciones bastante largas suplicando, a los que se habían interesado por las reuniones, que comenzaran a servir a Dios desde ese día. Llamamos al frente a los que deseaban comenzar en el servicio del Señor. Vino adelante un buen número. Hablé varias veces, suplicando a las almas que rompieran las ataduras de Satanás y comenzaran entonces. Una madre fue a su hijo y lloró y le suplicó. Parecía duro, terco e inflexible. Entonces me levanté, me dirigí al Hno. D y le rogué que no se interpusiera en el camino de sus hijos. Él se sobresaltó, luego se levantó, habló y dijo que comenzaría desde ese día. Con corazón alegre, todos oyeron esto. El Hno. D es un hombre de gran valor.

Entonces se levantó el esposo de la Hna. E, testificó que quería ser cristiano. Es un hombre de influencia: abogado. Su hija estaba inquieta en el asiento. El Hno. D añadió entonces sus súplicas a las nuestras. La Hna. D también [suplicó] a sus hijos. Suplicamos y al fin prevalecimos. Todos pasaron adelante. Los padres y todos los hijos y otros padres siguieron su ejemplo. Fue un día de alegría. La Hna. E dijo que era el día más feliz de su vida.–*Diario*, 19 de febrero de 1868.

Una buena respuesta en Battle Creek

Hablé en la tarde acerca de 2 Pedro. Hablé con libertad. Después de hablar una hora, invité que se adelantaran los que querían ser cristianos. Pasaron adelante entre 30 y 40, tranquilamente, sin excitación, y ocuparon los asientos delanteros. Les hablé de hacer una entrega completa a Dios. Pasamos unos momentos orando por los que se habían adelantado. Tuvimos unos preciosos momentos en oración. Pedimos que los que querían ser bautizados lo manifestaran levantándose. Se levantó un buen número.–*Diario*, 9 de junio de 1873.

Una respuesta después de alguna vacilación

Hablé en la tarde [en Stanley, Virginia] de Juan 17:3. El Señor me dio abundantemente de su Espíritu Santo. El local estaba lleno. Pedí que pasaran adelante los que querían buscar al Señor más fervientemente y también los que querían entregarse al Señor como un sacrificio pleno. Por un tiempo, nadie se movió, pero después muchos pasaron adelante y dieron testimonios de confesión. Pasamos preciosos momentos en oración y todos se sintieron quebrantados, llorando y confesando sus pecados. ¡Ojalá todos pudieran entender!–*Diario*, 9 de noviembre de 1890.

Cuando ella comenzó su obra en Suiza

Fueron preciosos el sábado y el domingo.[7] El Señor [me] bendijo especialmente al hablar el domingo de tarde. Al terminar el discurso,

se presentó una invitación a todos los que deseaban ser cristianos, y que pasaran adelante todos los que sentían que no tenían una relación viviente con Dios, para que pudiéramos unir nuestras oraciones con las de ellos en procura del perdón de los pecados y de la gracia para resistir la tentación.

Esto fue una nueva experiencia para muchos, pero no vacilaron. Pareció que toda la congregación se puso de pie y lo mejor que pudieron hacer fue sentarse y buscar todos juntos al Señor. Aquí estaba una congregación entera manifestando su determinación de apartarse del pecado y ocuparse más fervientemente en la obra de buscar a Dios. Después de la oración, se dieron 115 testimonios. Muchos de ellos demostraron una genuina experiencia en las cosas de Dios.–*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh-day Adventists* [Bocetos históricos de las misiones extranjeras de los adventistas del séptimo día], pág. 173.

En Cristianía [Oslo], Noruega

Pasamos dos semanas en Cristianía y trabajamos fervientemente por la iglesia. El Espíritu de Dios me movió a dar un testimonio muy claro. Especialmente durante la última reunión, les presenté la necesidad de un cambio completo en el carácter si querían ser hijos de Dios... Los insté a que comprendieran la necesidad de un arrepentimiento profundo, la confesión y el abandono de los pecados que habían ahuyentado al dulce espíritu de Cristo de la iglesia. Llamamos entonces para que pasaran al frente los que querían colocarse decididamente del lado del Señor. Muchos respondieron. Se hicieron algunas buenas confesiones y se presentaron fervientes testimonios.–*The Review and Herald*, 19 de octubre de 1886.

Mostraron determinación al ponerse de pie

Se invitó a ponerse de pie [en Basilea, Suiza] a todos los que de allí en adelante deseaban hacer más fervientes esfuerzos para alcanzar una norma más elevada. Todos se pusieron de pie.

Esperamos que esto ahora tendrá el efecto de ganarlos para Dios y para las reflexiones celestiales, y que harán esfuerzos fervientes para ser todo lo que Dios les ha dado la facultad de ser: soldados fieles y verdaderamente consagrados a la cruz de Cristo.–*Diario*, 22 de noviembre de 1885.

Apóstatas recuperados en Basilea

En la tarde del sábado, nos congregamos para una reunión especial. La bendición del Señor descansó sobre mí, y otra vez me dirigí a los presentes durante un corto tiempo. Cada asiento estaba ocupado y se habían traído sillas adicionales. Todos escucharon con profundo interés.

Invité que pasaran adelante todos los que deseaban las oraciones de los siervos de Dios. Procuré diligentemente que aprovecharan la oportunidad todos los que habían sido apóstatas y querían volver al Señor. Se llenaron rápidamente varios asientos y toda la congregación se puso en movimiento. Les dijimos que lo mejor era que quedaran en sus asientos y que buscaríamos juntos al Señor confesando nuestros pecados, y que el Señor ha prometido: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Uno tras otro, se dieron rápidamente muchos testimonios que expresaban profundos sentimientos, lo que mostraba que los corazones eran tocados por el Espíritu de Dios. Nuestras reuniones continuaron desde las dos de la tarde hasta las cinco, y entonces tuvimos que terminar con varias oraciones fervientes.–*Diario*, 20 de febrero de 1887.

Una experiencia extraordinaria en Australia

El sábado 25 de mayo [1895], celebramos una preciosa reunión en el local donde se reunían nuestros hermanos en North Fitzroy. Varios días antes de la reunión, yo sabía que se esperaba que yo hablara en la iglesia el sábado, pero desgraciadamente sufría de un

fuerte resfriado y estaba muy ronca. Me sentí inclinada a excusarme de ese compromiso, pero como era mi única oportunidad, dije: “Me presentaré delante de los hermanos, y creo que el Señor contestará mis fervientes oraciones y quitará mi ronquera, de modo que pueda dar el mensaje”. Expuse ante mi Padre celestial la promesa: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Luc. 11:9-13) [...]

La promesa de Dios es segura. Yo había pedido, y creía que podría hablar a la gente. Elegí un pasaje de las Escrituras, pero cuando me levanté para hablar, me fue quitado de la mente y me sentí impresionada a hablar del primer capítulo de segunda de Pedro. El Señor me dio fluidez especial para presentar el valor de la gracia de Dios. [...] Con la ayuda del Espíritu Santo, pude hablar con claridad y poder.

Al terminar mi discurso, me sentí impresionada por el Espíritu de Dios a extender una invitación a que pasaran al frente todos los que deseaban entregarse plenamente al Señor. Los que sentían la necesidad de las oraciones de los siervos de Dios fueron invitados a manifestarlo. Pasaron al frente unos treinta. Entre ellos estaban las esposas de los Hnos. F, que por primera vez manifestaron su deseo de acercarse a Dios. Mi corazón estuvo lleno de una gratitud inexpresable por la decisión tomada por esas dos mujeres.

Entonces, pude ver por qué me había sentido tan fervientemente impulsada a presentar esa invitación. Había vacilado al principio, preguntándome si era lo mejor proceder así puesto que, hasta donde yo pudiera ver, mi hijo y yo éramos los únicos que podían ser de ayuda en aquella ocasión. Pero, como si alguien me hubiera hablado, pasó el pensamiento por mi mente: “¿No puedes confiar en el Señor?” Dije: “Lo haré, Señor”. Aunque mi hijo quedó muy sorprendido de que yo hiciera una invitación tal en esa ocasión, se puso a tono con la emergencia. Nunca le oí hablar con mayor poder

o sentimiento más profundo que en aquella oportunidad. Pidió la cooperación de los hermanos Faulkhead y Salisbury para que pasaran al frente, y nos arrodillamos en oración. Mi hijo dirigió en oración, y seguramente el Señor le dictó su petición, pues parecía orar como si hubiera estado en la presencia de Dios. Los hermanos Faulkhead y Salisbury también presentaron fervorosas peticiones y entonces el Señor me dio voz para orar. Me acordé de las hermanas F, que por primera vez se decidían públicamente por la verdad. El Espíritu Santo estuvo en la reunión, y muchos fueron conmovidos por su influencia profunda.

Al terminar la reunión, muchos se afanaron por llegar hasta la plataforma y, tomándome de la mano, me pedían con lágrimas en los ojos que orara por ellos. Les contesté cordialmente que así lo haría. Las hermanas F me fueron presentadas y descubrí que sus corazones eran muy tiernos. [...] La madre de una de las hermanas, que ahora se ha decidido por la verdad, fue una enconada opositora y amenazó a su hija con no permitirle entrar en el hogar si se convertía en observadora del sábado, pues la madre la consideraría como una desgracia para la familia. La Sra. F había declarado con frecuencia que nunca se uniría con los adventistas del séptimo día. Había sido criada en la Iglesia Presbiteriana, y se le había enseñado que era muy impropio que las mujeres hablaran en una reunión, y que estaba más allá de toda noción de decoro el que predicara una mujer. A ella le gustaba escuchar a los pastores Daniells y Corliss, y pensaba que eran oradores muy inteligentes, pero no quería escuchar la predicación de una mujer. Su esposo había orado al Señor para que arreglara las cosas de tal manera que pudiera convertirse mediante el ministerio de la Hna. White. Cuando presenté la exhortación e insté a que pasaran al frente los que sentían su necesidad de acercarse más a Dios, esas hermanas pasaron al frente para sorpresa de todos. La hermana que había perdido a su hijito dijo que estaba determinada a no pasar adelante, pero que el Espíritu del Señor la impresionó tan fuertemente que no se atrevió a rehusar. [...] Me siento tan agradecida a mi Padre celestial por su bondad amante que atrajo a esas dos preciosas

almas para que se unieran con sus esposos en la obediencia de la verdad.–*The Review and Herald*, 30 de julio de 1895.

Los visitantes no adventistas responden en la Iglesia de Ashfield

Invité a que se pusieran de pie todos los que querían entregarse a Dios en un pacto sagrado para servirle de todo corazón. El local estaba lleno y casi todos se levantaron. Había presente un buen número que no pertenecían a nuestra fe y se levantaron algunos de ellos. Los presenté al Señor con ferviente oración y sabemos que contamos con la manifestación del Espíritu de Dios. Sentimos que realmente se había ganado una victoria.–*Manuscrito* 30a, 1896.

Un llamado especial en el Colegio de Battle Creek

Hasta ahora he hablado a los ayudantes, a la clase de enfermeras y a los médicos cinco veces durante la semana de oración, y estoy segura de que mis discursos son apreciados. He hablado dos veces en el colegio. El jueves pasado, el Prof. Prescott quiso que fuera allí. Fui, oré y hablé en la gran capilla, llena de estudiantes. Tuve mucha fluidez para hablar y presentar ante ellos la bondad y misericordia de Dios, la gran condescendencia y sacrificio de Jesucristo, la recompensa celestial comprada para nosotros, la victoria final, y cuán grande privilegio es ser cristiano.

El Prof. Prescott se levantó y trató de hablar, pero su corazón estaba henchido y no pronunció una palabra durante cinco minutos, sino que estuvo de pie llorando ante los hermanos. Entonces dijo unas pocas palabras: “Estoy contento de ser cristiano”. Habló durante unos cinco minutos y entonces dio a todos la oportunidad de hablar. Se dieron muchos testimonios, pero me pareció que debía alcanzarse a algunos a quienes hasta entonces no habíamos conseguido alcanzar. Invitamos a que pasaran al frente todos los que sentían que no estaban preparados para la venida de Cristo y no tenían una evidencia de haber sido aceptados por Dios. Me dio la

impresión de que todo el local estaba en movimiento. Dimos entonces oportunidad a que todos expresaran sus sentimientos, pasamos poco después unos cortos momentos en oración y la bendición del Señor pareció alcanzar los corazones.

Entonces, nos separamos en divisiones y continuamos la obra durante dos horas más y el Espíritu del Señor se hizo presente en la reunión en una forma notable. Algunos que no tenían noción de una fe religiosa, incrédulos mundanos, han ganado una experiencia genuina en la vida religiosa. Y la obra se profundiza más y más. El Señor obra y obrará tan rápidamente como le preparemos el camino para que pueda revelar con seguridad su poder en nuestro favor.–*Carta* 75, 1888.

Llamados a pasar adelante en San Francisco

El viernes 21 de diciembre [1900] fui a San Francisco, donde había de pasar la semana de oración. Hablé allí a la iglesia el sábado por la tarde, aunque estaba tan débil que tenía que aferrarme al púlpito con ambas manos para sostenerme. Le pedí al Señor que me diera fuerza para hablar a los hermanos. Escuchó mi oración y me fortaleció. Tuve gran fluidez para hablar de Apocalipsis 2:1-5.

Fui profundamente poseída por el Espíritu de Dios y los presentes se impresionaron hondamente debido al mensaje presentado. Después de que hube terminado de hablar, se invitó a que pasaran al frente todos los que deseaban entregarse al Señor. Respondió un gran número y se oró por ellos. Varios de los que se adelantaron son personas que recientemente han oído el mensaje adventista y están en el valle de la decisión. Dios fortalezca la buena impresión que recibieron, y se entreguen completamente a él. ¡Oh, cómo anhelo ver a esas almas convertidas y oírlas cantar un nuevo himno de alabanza a Dios!

El domingo por la tarde hablé a una gran congregación en la que había muchos que no son de nuestra fe. Mis fuerzas fueron renovadas y pude hablar sin aferrarme al pupitre para estar delante

de los hermanos. La bendición del Señor descansó sobre mí y recibí un vigor aumentado mientras hablaba. Al igual que el sábado, fueron invitados a pasar adelante los que buscaban ayuda espiritual, y estuvimos contentos de ver la pronta respuesta. El Señor se nos acercó mucho mientras lo buscamos en oración.–*The Review and Herald*, 19 de febrero de 1901.

Una obra similar en cada iglesia

Visité San Francisco el sábado 10 de noviembre y hablé a una iglesia llena de gente que tenía oídos para oír y corazones para entender. [...] Después de que hube terminado de hablar, el pastor Corliss invitó a pasar al frente a todos los que deseaban entregarse a Jesús. Hubo una pronta y feliz respuesta, y se me dijo que cerca de doscientas personas pasaron al frente. Hombres y mujeres, jóvenes y niños se esforzaron por ocupar los asientos delanteros. Al Señor le agradaría que se hiciera una obra similar en cada iglesia.

Muchos no pudieron adelantarse porque el local estaba muy atestado; sin embargo los rostros animados y los ojos llenos de lágrimas testificaban de la determinación: “Estaré del lado del Señor. De aquí en adelante, procuraré fervientemente alcanzar una norma más alta”.–*The Review and Herald*, 12 de febrero de 1901.

Respuesta en el Congreso de la Asociación General de 1909

Mis hermanos y hermanas, buscad al Señor mientras puede ser hallado. Viene un período cuando los que han malgastado su tiempo y oportunidades desearán haber buscado a Dios... Él quiere que os mantengáis de parte de la razón y del trabajo. Quiere que vayáis a nuestras iglesias para trabajar fervientemente para él. Quiere que organicéis reuniones para los que no pertenecen a la iglesia, a fin de que conozcan las verdades de este último mensaje de amonestación. Hay lugares donde seréis recibidos con alegría, donde las almas os agradecerán por ir en su ayuda. El Señor os ayude a ocuparos de esa obra como nunca lo habéis hecho antes.

¿Haréis esto? ¿Os pondréis de pie aquí y testificaréis que haréis de Dios vuestra confianza y vuestro ayudador? [La congregación se levanta.]

[Orando] Te agradezco, Señor Dios de Israel. Acepta esta promesa de estos tus hijos. Pon tu Espíritu sobre ellos. Sea vista tu gloria en ellos. Veamos la salvación de Dios mientras hablen la palabra de verdad. Amén.–*General Conference Bulletin* [Boletín de la Asociación General], 18 de mayo de 1909. [Extraído de *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 167-177.]

---

6 Elena G. de White, en su ministerio público, empleó con eficacia diversas exhortaciones que demandaban una respuesta. Se presentan, ahora, algunos casos que revelan el uso que hizo ella de tales métodos en diversas circunstancias.–*Los compiladores.*

7 En el congreso de la Asociación Suiza, celebrado en Basilea en 1885.